

## ÍNDICE

Pag.

### JUAN MONTALVO Y SU ÉPOCA

<b>Una influencia positiva</b>	<b>02</b>
<b>El aura del Tirano</b>	<b>02</b>
<b>Un escritor desconocido recrimina a García Moreno</b>	<b>04</b>
<b>García Moreno se apodera de los destinos del país</b>	<b>05</b>
<b>La pluma incendiaria de un apasionado liberal</b>	<b>06</b>
<b>El destierro voluntario de Montalvo</b>	<b>08</b>
<b>El orgullo, la pobreza y la generosidad de Montalvo</b>	<b>10</b>
<b>Don Juan continúa escribiendo</b>	<b>12</b>
<b>El ímpetu de García Moreno</b>	<b>14</b>
<b>El 6 de agosto de 1875</b>	<b>15</b>
<b>Montalvo y Veintemilla</b>	<b>17</b>
<b>Los Siete Tratados y el pensamiento montalvino</b>	<b>21</b>
<b>Mercurial Eclesiástica y sus últimos escritos</b>	<b>27</b>
<b>La muerte de Juan Montalvo</b>	<b>31</b>

## JUAN MONTALVO Y SU ÉPOCA

### UNA INFLUENCIA POSITIVA

Los franceses fueron quienes más influyeron en el pensamiento montalvino: Juan Jacobo Rousseau, Maximiliano Robespierre, Francisco María Arouet (Voltaire) y Honorato Conde de Mirabeau. Víctor Hugo fascina a Montalvo con sus "Odas y Poesías Diversas" y "Los Miserables"; al igual que Víctor Hugo, Montalvo incursiona en la política y es desterrado en varias ocasiones ya sea voluntaria o involuntariamente. Y es así como mientras Víctor Hugo es desterrado en Jersey y Guernsey por atacar ideológicamente a Napoleón III, Montalvo es desterrado por atacar vehementemente a García Moreno, pues sus ideas de la "Dictadura Perpetua" influirán profundamente en la juventud ecuatoriana.

Alphonse de Lamartine, aquel romántico y tradicionalista, autor de "Meditations Poetiques" (obra decisiva en la poesía moderna de Francia) y "Memorias Políticas", también influyen decisivamente en la obra literaria de Montalvo especialmente por su profundo contenido religioso, patriótico y sentimental. Y junto a este romántico no podía faltar el aristocrático Alfred de Musset, autor de "Rolla", "Las Noches" y "Cartas a Lamartine".

¿Y la filosofía utópica? Ella también influyó profundamente en el pensamiento montalvino. Gustaba de la utopía de Platón y Tomás Moro; de Campanella, Bacon, Cabet y Bellamy, pero jamás participó del socialismo utópico de Joseph Proudhon, para quien la propiedad era un robo; su pensamiento antisocial y anticlerical ("Dios es el Mal"); su propuesta de desaparecer del Estado sustituyéndolo por un "Pactismo Económico Federalista", hizo que Montalvo detestara a Proudhon llamándole: "Hombre demoníaco"

El Jansenismo de Miguel Bayo y Corneille Hansen, también influye en Montalvo, quien se sintió identificado con su ideología; pues ellos manifestaban que la teología de su tiempo se había desviado de la verdad y creyeron necesario volver a los textos de San Agustín, para dar una justa interpretación a los preceptos católicos.

Juan Montalvo junto con Rafael María Baralt y Andrés Bello, constituyen la terna de autodidactas más brillante que estas tierras hayan forjado, en una época de recesión intelectual, en la que sólo Europa llevaba la pauta de la cultura universal. Baralt, el poeta e historiador venezolano, esculpido en la grandeza de Góngora, Arquijo y Fray Luis de León, llevará las letras venezolanas hasta la Real Academia Española, mientras Bello (autor de "Silva a la Agricultura de la Zona Tórrida" y "Filosofía del Entendimiento", embebiéndose del florido pensamiento de Hamilton y la tradición empirista de Hobbes y Hume, se dedicará a normar la lengua castellana, muriendo lejos de su patria (en Santiago de Chile).

Cabe anotar también que Montalvo fue un políglota, entendiendo que esa era la única manera de llegar al centro mismo del pensamiento de los grandes pensadores. ¿Qué pudo haber más idóneo, que leerlos en su propio idioma? Es así como habló el latín, el griego, el francés e inglés.

### EL AURA DEL TIRANO

Gabriel García Moreno era un joven de temple férreo y mirada fulmínea; llevaba consigo un ensamble monacal pulido en el más áspero buril de mercedario; hombre de espíritu noble y recatado. Su especial manera de ser, estaba plagada de una variedad de costumbres severas, valor y ánimo impetuoso, pasión arrolladora, fanatismo imperturbable. Con él lo justo era lo correcto; lopreciado lo inalcanzable; lo valioso lo noble; lo ridículo lo indigno; lo condenable lo corrupto. Político de recia casta, irreductible como enemigo e intransigente como pensador. En

su juventud inicia su carrera política combatiendo la dictadura de Flores; su arbitraria y nefasta forma de gobernar, así como a su camarilla de acompañantes que inconsecuentemente convirtieron al país en un ergástulo de corrupciones. También le había disgustado la expulsión de los Jesuitas de Nueva Granada, pero pronto él estuvo al frente defendiendo la causa; discutiendo, reclamando, insistiendo en la necesidad de regresarlos al país. El presidente Diego Noboa aceptó y él estuvo lleno de una infinita satisfacción; pues don Gabriel creía que una sociedad abandonada de Dios y sus ministros, se convertía en un reducto vicioso y desvirtuado, carente de normas morales y con una aguda y sosegada tendencia al caos y a la anarquía.

Francisco Robles también gozó del desprecio de García Moreno. Pues Robles había querido recurrir a la fuerza bruta para obstruir el pensamiento de sus opositores; asesinó a Vicente Valencia por publicar "El Honor Nacional". A Pedro Moncayo le desterró por escribir "Un Nuevo Crimen, Una Nueva Víctima", soberbia defensa de Valencia al más sobrio estilo ciceroniano. Pero don Gabriel también marcharía al destierro inexorablemente, movilizándose apresuradamente de Panamá a Paíta, y luego a Lima; su inmediato fin, tramar la conspiración contra Robles.

El país había caído en desgracia como producto de la traición de Guillermo Franco y el bloqueo peruano al canal de Jambelí. García Moreno regresa inmediatamente a afrontar la tragedia nacional. Trata de mantener la unidad del país, pero todo parece resquebrajarse porque pulula el desconcierto; prolifera la más exótica amalgama de gobiernos: Gómez de la Torre, Pacífico Chiriboga, Rafael Carvajal, Jerónimo Carrión y García Moreno, forman un gobierno provisional en Quito. En Guayaquil, Franco proclama su vil y perdularia jefatura, secundado por un manojo de ciudadanos perniciosos. En Cuenca, Avilés, Gómez de la Torre y Carrión forman otro gobierno provisional producto del vil conato de "lambonear" a Franco. Y por último, la vieja Centinela del Sur pone de manifiesto su descontento con su tan mentado "federalismo", proclamado por don Manuel Carrión Pinzano. El juego de las circunstancias y la situación borrascosa, hace que desgraciadamente García Moreno, grávido de incertidumbre, coquetee con Castilla y luego nos ofrezca en protectorado a Francia (con las famosas cartas a Emile Trinité).

La patria yace resquebrajada, desunida, pobre y denigrada. Los intereses personalistas de sus hijos han podido más que sus supremos intereses. El invasor no necesita mover un solo dedo para conseguir sus arteros propósitos, y es más, no ha encontrado una conciencia sólida que rechace sus abominables exigencias. Pero es allí, en ese preciso momento cuando la férrea personalidad de García Moreno se hace presente con su tan acostumbrada energía. Sobrepasa el Estero Salado en febril acometida, y valiéndose de la traición de Pedro Pablo Echeverría y de la sapiencia militar de Flores, logra derrotar a Franco y retoma el control del país, que hace poco había sido ocupado. Retorna Guayaquil para la unidad nacional. Huye el traidor Franco, Ramón Castilla y su mimado "Loco Cavello". La República se ha salvado.

García Moreno solía pensar que cuando los pueblos se unen carecen de egoísmo; son tan fuertes como una roca; pueden expandirse en el más sano recogimiento y caminar muy de prisa junto a una misma suerte. Su pensamiento político estuvo plagado siempre de concepciones extremas: fanatismo, drasticidad, obstinación, pero ante todo de una clara percepción del futuro y una indeclinable ansiedad de progreso. Fue unipersonalista, europeizado y nacionalista. Su exagerada persistencia por querer inducir al pueblo a una profunda ceguera religiosa, nos da la idea de que él, a más de dar crédito a su fe religiosa, quiso tomar a la religión como un instrumento de disciplina y orden (muy propio de su temperamento). Esto lógicamente polarizó las opiniones, poniendo de un lado al clero con su aliada la aristocracia criolla, y al otro lado a un considerable número de hombres de pensamiento liberal, imbuidos de los más brillantes principios doctrinarios de la Revolución Francesa.

Cuando García Moreno inicia su primer Mandato, tiene como adversarios a los liberales.

Hombres tan acomodados y pudientes como los conservadores; tan o más religiosos que los anteriores, y acostumbrados a la manía de engalanarse con envidiables piezas retóricas en el Congreso. En realidad, los liberales eran más conspiradores que verdaderos luchadores. Y es justamente contra este tipo de comportamiento contra el que tuvo que pelear García Moreno a lo largo y ancho de su primera Presidencia. Por otra parte, tuvo que combatir la corrupción administrativa, el dispendio y la ineficiencia del servicio público, sin descartar cierto ordenamiento que tuvo que imponer a determinados desvíos clericales, con la tendencia siempre a reajustar los valores morales de la patria entera.

Otro adversario de García Moreno, en su primera Presidencia, fue el Campo Internacional. En este campo don Gabriel cometió sus peores desaciertos, conduciendo al país a dos guerras desastrosas con Colombia, sin una justificación adecuada para llevarlas a efecto.

Don Gabriel se ha iniciado en el poder con la efigie de un gran tirano, de ninguna manera comparable a los demás de su género en América. Su máxima razón estaba afincada en el desarrollo nacional, en la creatividad, en el surgimiento de su pueblo. Sería un insulto a la verdad y a su memoria compararlo con Estrada Cabrera, Rafael Carrera, Melgarejo, Ubico, Trujillo u otros. La diferencia radica esencialmente en el valor supremo de sus concepciones: el imperio del valor y la moral.

En definitiva podemos concluir, que el primer período presidencial de García Moreno se caracterizó por un ordenamiento total de las instituciones públicas; la pacificación del país con el exterminio de las intentonas golpistas, y la creación de la infraestructura necesaria para el despegue del país hacia el futuro.

## **UN ESCRITOR DESCONOCIDO RECRIMINA A GARCÍA MORENO**

Juan Montalvo ha llegado a Bodeguitas de Yaguachi, solo, triste, acosado por su fastidiosa artritis. En esos días, se enteró de todas las medidas draconianas de García Moreno. Luego de haber conocido todos los adelantos de la civilización europea, y observar muy de cerca las últimas ideas políticas y democráticas, no puedo soportar que este estilo de gobierno impere en nuestro pueblo, y decide entonces, darle frente al intransigente Gobernante: "Déjeme ud. hablar con claridad (le dice a García Moreno) hay en usted elementos de héroe y de... suavicemos la palabra, de tirano ...". Luego en esta carta Montalvo le manifiesta que su voz no era la voz de un "enemigo en rota", ni tampoco la de un oportunista que "desea incorporarse con los victoriosos". Era tan sólo la voz de un censor republicano, que acibarado miraba a la distancia "los excesos de todos y los crímenes de muchos". Luego le puntualiza que la civilización estaba en riesgo de perderse por sus arbitrariedades y que "la patria necesita rehabilitación y el señor García moreno también (...)". "El acierto está en la moderación, le dice, cuanto más mérito hay en dominarse a sí mismo que en dominar a los demás". "La energía es necesaria sin la menor duda; pero en exceso y a todo propósito ¿Qué viene a ser sino tiranía? A continuación le hace caer en cuenta que quien ha sido escogido por voluntad soberana para conducir los destinos de un pueblo, no ha de vivir del sibaritismo puritano, ni lleno de extremos temperamentales; sino más bien ha de ser acucioso en el derecho ajeno, recatado en sus ideas, y jamás un inconciente siervo de los extremismos. Le dice que un gobernante es un paladín en donde reposa toda clase de esperanzas, pujanza, ecuanimidad, y si éste llega a enlutar de maldad su corazón, con el menor brío, llevará a zozobrar a la nación. Finalmente, Juan Montalvo invita a García Moreno a meditar con una máxima de un gran emperador romano: "A mí me han elevado al trono, no para mi bien, sino para la del género humano". "Que el poder no la empeore, señor; llame a la razón en su socorro", y viene a continuación el desafío cuando Montalvo luego de hacer meditaciones sobre las cualidades de una alma noble, le ofrece el respeto de su amistad si rectifica sus procedimientos, o de lo contrario, a soborear su apasionada enemistad. "No piense ud. en Juan

Manuel Rosas" le dice Montalvo, que no piense en aquel rico y potentado tirano, que liderando a los federalistas conservadores argentinos, desató en su país una ola de crímenes y excesos, a nombre de "mantener el orden" y su "posición personal". Ni tampoco en José Tadeo Monagas, el eterno enamorado del poder. Ni en Antonio López de Santana, ni en ningún otro tiranuelo de esta categoría. "Acuérdese, le dice, de Alexander Hamilton, el sabio y virtuoso político colaborador en la redacción de la carta fundamental norteamericana y fiel asesor de Washington. De Tomás Jefferson, el fundador y militante del partido demócrata norteamericano, cuyo liderazgo le permitió llegar a ser el tercer Presidente de los Estados Unidos. Y a todos los virtuosos de la Democracia, que el mundo debería venerarlos".

"Dimita ud. ante la República el poder absoluto que ahora tiene en sus manos o en su defecto, a su excesiva autoridad. Si los pueblos en pleno uso del albedrío, quieren confiarle su suerte, acéptelo, y sea buen magistrado; si lo rechazan, resígnese y sea un buen ciudadano".

Juan Montalvo recibirá de García Moreno un silencio despectivo como respuesta. Era un silencio indiferente y frío. García Moreno hizo caso omiso de las observaciones de aquel desconocido escritor, y más bien continuó con mayor intensidad sus llamados benéficos excesos y chauvinismos morales. Aquí Montalvo sembrará su primer resentimiento político contra García Moreno, y haciéndose eco de su silencio se alejará a hacer vida de retiro.

## **GARCÍA MORENO SE APODERA DE LOS DESTINOS DEL PAÍS**

El 7 de septiembre de 1865, luego de haber enrubado y ordenado la vida del país, García Moreno entrega el poder a un dilecto hijo de Cariamanga, don Jerónimo Carrión y Palacio. Hombre cualitativo que si bien no despertó expectativas en el pueblo, tampoco tuvo las características ideales para ser su adalid; hombre leal, incapaz de llegar a la deshonestidad, cuya ceguera política y absoluta falta de perspicacia administrativa lo llevarían al fracaso. Como dijera Roberto Andrade: "Don Jerónimo era ya un hombre entrado en días, pacífico, buen hombre, incapaz de suscitar borrascas o arrostrarlas".

La Guerra del Pacífico se había desatado. La escuadra española tras humillante derrota en el Callao se aleja desconcertada a las lejanas Filipinas. Don Gabriel García Moreno se ha convertido en el portavoz de la patria, y pese a que fue objeto de un intento de asesinato por parte de Juan Viteri (familiar de uno de los fusilados de Jambelí) su misión integracionista se ha cumplido. Establece nexos diplomáticos con Chile y Perú; estudia la Constitución de Portales y Egaña, y de una manera espontánea demuestra admiración por Portales: "Debería erigirse un estatua de Oro", manifiesta emocionado. (Ignorando que más tarde tendría igual destino).

Jerónimo Carrión, por su parte, conducía un gobierno mediocre; su ministro Bustamante adoptando una posición omnipotente y polémica se había convertido en el opositor número uno del Congreso, dando ocasión a que Manuel Angulo junto con Antonio Flores, desaten una ola de oposición que provocaría su caída. La calma volvió a los fueros políticos cuando Bustamante renunció, sin embargo, cuando se supo que Carrión proseguía en oscuras conversaciones con su ex -Ministro, el Congreso se le fue encima provocando su renuncia. De esta manera se fue el Presidente con su Ministro y el Poder pasó a manos del eminente riobambeño don Pedro José Arteta. Don Pedro José Arteta fue un hombre demócrata; un Presidente recto y escrupuloso en sus procedimientos.

El Dr. Javier Espinosa y Espinosa reemplazó a Pedro José Arteta. Este "Catón" ecuatoriano, era acreedor a un muy bien ganado prestigio, que iba acompañado de cierto carisma político. En definitiva era el hombre predilecto de García Moreno, quien lleno de sobriedad y afecto llegaría a decir: "Será el mejor de los Presidentes". Sin embargo, García Moreno se equivocó. Pronto apareció la reyerta que conduciría a una mala relación entre Javier Espinosa y García Moreno. Espinosa permitió la intromisión de elementos urbinistas en la cúpula administrativa (mal vistos

por García Moreno) en una actitud misteriosa" muy parecida a la de Jerónimo Carrión.

El 16 de agosto de 1868 se produce el terremoto en la provincia de Imbabura. García Moreno acude con presteza a proporcionar su ayuda. ¡Ha desaparecido Ibarra! es la fase sepulcral que al unísono acongoja a la República. Mientras don Gabriel con voz firme y altruista pronuncia: "Nada omitiré, ni el sacrificio de mi vida, por el alivio de tantos desgraciados". Inmediatamente y con una férrea voluntad de resurgir la ciudad de los escombros, comienza a erigir la nueva Ibarra; lo que había quedado en pedriscales y barrios llagados de escombros, pronto comienza a convertirse en una ciudad nueva y vistosa, de tal manera que en el año de 1872, en un emocionante "Retorno", los ibarreños vuelven a ocupar su amada ciudad. Se dice que fueron 20.000 personas las fallecidas y 100.000 las afectadas. Lo cierto es que Imbabura fue la mártir y García Moreno su resurrector. Pues en justo reconocimiento a tan magnánima manifestación, el pueblo de Imbabura le dio su corazón y el título de gran "Salvador de Imbabura". Pero el contexto político, en cambio, se tornaba algo complicado porque los contendores de García Moreno para las próximas elecciones (Pedro Carbo y Francisco Javier Aguirre), ante el inminente triunfo de don Gabriel, se apresuraron a ejecutar su último recurso: "La conspiración (método muy usual en los viejos tiempos republicanos). Pero como don Gabriel tampoco se dormía en los laureles, decidió adelantarse a la jugada y en menos de lo que canta un gallo, montó un intrépido complot que lo ungió como el nuevo Jefe Supremo de la República. En realidad, sólo le bastó una semana para consolidarse en el poder, sin derramar una sola gota de sangre (pese al insignificante levantamiento en favor del General José Veintimilla) y luego de un decreto de amnistía política, convocará a una Convención Nacional, el 15 de Mayo de 1869, de la cual nació la tiránica "Carta Negra", producto de su mangoneo unipersonal y tendencia clerical. El Congreso le eligió casi por unanimidad Presidente de la República para un período de seis años. ¡La Patria resurgía! De aquí en adelante, hasta el día de su muerte, sólo habría una voluntad omnímoda en el Ecuador, la voluntad de Gabriel García Moreno.

## **LA PLUMA INCENDIARIA DE UN APASIONADO LIBERAL**

En su retiro voluntario, Juan Montalvo tendrá oportunidad de enamorar y contraer nupcias con la hermosa dama ambateña, doña María Adelaida Guzmán. Desgraciadamente, esta unión estaría destinada a tener escasos años de existencia y desembocar en el fracaso. Al respecto, Montalvo diría: "Matrimonio, cadena orinecida, pesada, crujiente". Pero este retiro a su ciudad natal, tuvo un propósito más profundo y trascendental, cual era sumergirse en el infinito mundo del estudio y la meditación, así como preparar sus escritos lapidarios contra todo aquello que represente exceso y corrupción; luchar contra los conservadores fundamentalistas y contra todos aquellos hombres que viciaban la ética y la moral.

El 3 de enero de 1866, aparece el primer opúsculo del "Cosmopolita", uno de los nueve que aparecerían periódicamente hasta el 15 de enero de 1869 (curiosamente un día antes de partir a su destierro voluntario ante el pronunciamiento de García Moreno). ¿Y qué era el Cosmopolita? Era un mosaico de artículos llenos de una bella armonía ensayística, intencionalmente enrolados a la polémica y ocasionalmente inmiscuidos en la política. Allí incluye temas como: La mujer, el cura, las bellas letras hispanoamericanas, instancias históricas de la vieja Europa, la política, la crítica, la disertación, el repudio a la exagerada teocracia de García Moreno. Aquí Montalvo se convierte en el pedagogo, el moralista, el indeclinable hombre cosmopolita. -¡No al abuso del poder!- sentencia -¡No a la distorsión del verdadero sentido teológico! ¡No a la presión del pensamiento!, ¡Más cultura! ¡Más conciencia!- Y parodiando el pensamiento de su contemporáneo Ernest Renán que dijo: "Para ver hoy el mal, lo único que nos falta desgraciadamente son los ojos", Montalvo diría: "Pues más crueles sois en

sacarles los ojos del alma, en privarles la voz, en cubrirles el pensamiento con una plancha de brea". A este período de brillantes escritos corresponden también: "Marcelino y Medio", "El Masonismo Negro", "El Buho de Ambato", "Bailar Sobre Ruinas", "Las Vísperas Sicilianas", y "El Peregrino de la Meca" (1869). Estos escritos se caracterizan por tener un solo denominador común: El insulto, ese don incendiario y elegante con que Don Juan depredaba a sus adversarios políticos. Ahora, la lid es contra un caballero amigo del cabildeo y de la intriga: Don Nicolás Martínez y en contra del no menos orgulloso y veleidoso Don Juan León Mera. La ridiculización y el sarcasmo son el arma que emplea Montalvo para denigrar a estos conservadores adversarios. Al principio les abisma, les causa espanto, y luego de descamisarles les menosprecia. Burllescamente le llama a Juan León Mera el "Buho de Ambato", "Peregrino de la Meca", para luego llamarles a los dos: "Marcelino y Medio", "Condes de Verde Sauco", "Duques del Rejo", "Príncipes de Cavalcanti". En definitiva, el trasfondo de estos escritos estriba en la irreconciliable enemistad de la facción conservadora liderada por Nicolás Martínez, con los "Rojinegros" liberales liderados por el famoso rector del colegio "Bolívar" de Ambato, Don Francisco Javier Montalvo (hermano de Don Juan). "Marcelino y Medio" y "Masonismo Negro", constituyen la respuesta de Montalvo a una serie de insultos recibidos en contra de su persona y de los "Rojinegros" en el libelo: "La fracción Marcelina en Ambato". Montalvo desata su indignación temeraria flagelando con rudeza a la "Sociedad Conservadora"; los condena vehementemente por la supuesta fraudulencia en las firmas de respaldo al libelo; da pautas éticas y morales a Martínez y a Mera, y por último dirá sardónicamente: "Estos pobres diablos no respetan ni las conveniencias, y habiendo imprudentemente los liberales dejádoles sacar el freno, se van desbocados, y se beben los vientos y se comen los montes".

En "el Buho de Ambato" y "El Peregrino de la Meca", encontramos a Montalvo en un duelo personal con Juan León Mera, haciendo de este digno ciudadano un chivo expiatorio del mal conservador. Le llama el "Ave Siniestra" que tiene de "lobo" y "asno", y de buho tiene "la cara y la melodía". Además, haciendo mofa de la condición de poeta de Juan León Mera le dirá: "Sublime poeta, cuya melodía tiene encantada no sólo a América, sino también a la Europa, y al Asia, y al África y al Tambillo". Pero la pasión de Montalvo degenera abruptamente cuando en un hálito de ira, insulta con un lenguaje vulgar a Mera diciéndole: "Buho, buho de Ambato, pesado como una galápago, feo como un chihuahua, malo como un duende, Adiós" He ahí la pasión e intransigencia de Juan Montalvo, los extremos de su pluma, pues cuando sus letras discurren en el barroco clásico, parece decurrir frases castizas plagadas de eufonía, pero en cambio cuando su insulto es escueto y tendencioso, pierde la belleza montalvina y se convierte en un vulgar insulto. Las letras de Montalvo dejarán para siempre abrojos incrustados en el amor propio de Martínez y Mera, una fobia y un rencor eternamente insalvable.

En "Bailar sobre las ruinas", la brega es contra Nicolás Martínez. Aquí podemos encontrar a Montalvo insultando con su acostumbrada elegancia, pero también lleno de frases y reflexiones exhuberantes, derrochando una variada y vastísima cultura. Escribe: "El egoísmo no es un individuo, no es una pasión solitaria; es en sí una cosa compleja, un resumen de muchas pasiones: codicia, envidia, mezquindad, envueltas en una espesa capa de odio al prójimo, esto es egoísmo: amor propio, vanagloria, injusto y necio menosprecio por los demás, esto es egoísmo: dureza de corazón, pesadez del alma, turbiedad de entendimiento, esto es egoísmo". Y refiriéndose a la dureza de corazón, falta de sensibilidad y amor al prójimo, cita un hermoso pensamiento: "Ojos que no conocen lágrimas, son ojos sin vista". Luego calificará de "desmán impío" la actitud indolente y abominable de Nicolás Martínez, cuando a sabiendas de la gran tragedia de Imbabura, sigue "Bailando sobre las Ruinas" su triunfo en Riobamba. Pelea denodadamente por su hermano Francisco y en su encono con don Nicolás le dará una serie de calificativos como: "Pastor de Fílida", "Estupendo papiniano", "Octavo sabio de Grecia", "Architofel", y finalmente le dice: "Hombre infeliz (hablo por todos), gusanillo ¡Qué grande eres

para el mal! causas ruinas y bailas sobre ellas: tu genio sería salvarte por tus virtudes y no perderte por los vicios; pero no lo entiendes".

En la obra "Peregrino de la Meca", Montalvo ataca a Juan León Mera diciéndole: endriago, bobo, mudo: "Si este desgraciado peregrino se contentara con ser feo, lo compadecerían solamente, pero en vista de su excesiva maldad, preciso es aborrecerle". Luego le llama "Chatubriandi", ridiculizando la influencia que el autor de "Atala y René", Francois René, Visconde de Chateaubriand, ha ejercido sobre don Juan León Mera. Le llama Méndez Núñez", como queriéndole dar una condición de enemigo de la libertad de las repúblicas. Le relaciona con el famoso español Castro Méndez Núñez (el que dijo: "España prefiere honra sin barcos que barcos sin honra", y cuya máxima hazaña al mando de la fragata Numancia fue atacar Valparaíso y Callao). Le llama también Otamendi... y por último, menospreciando su capacidad política le dice: "Fue secretario del Congreso porque también don Jerónimo fue Presidente de la República y mi perro "caza gallinas fue empleado". ¡"Pobre Rufino, pobre mudo!"

## **EL DESTIERRO VOLUNTARIO DE MONTALVO**

En el año de 1869, Gabriel García Moreno se pronuncia en contra del presidente Javier Espinosa, intentona que en menos de una semana le da el poder total de la República. Ahora, es el amo y señor de ella, su voluntad es la suprema ley, no tiene contrincante alguno.

Juan Montalvo conocedor del temperamento de García Moreno para con sus adversarios políticos, sabe a lo que debe atenerse como tal. Don Juan comprende que de las alternativas que le quedan, el destierro es la mejor. Y Montalvo sale solo a su destierro, triste, confundido en un centenar de sombras que desperdigan rumores. Su destino es la fronteriza ciudad de Ipiales. Al llegar a la pequeña ciudad de Ipiales, se asila en una casa pobre y vetusta. Refiriéndose a su nostalgia en esas instancias, Montalvo diría: ¡Oh luna!, como quisiera embriagarme en tu nostalgia, beber a sorbos lentos tu misterio insondable, y en los resquicios más íntimos del alma, filtrar tus luces, amainando esa amargura ciega. Tomarte ajena y hacerte mía, timando tu dulzura veraniega. Bueno, a veces Montalvo tenía mucho de poeta, porque vivía muy cerca al dolor y la extrañeza, jugaba con el hilo sensible de las letras, y luego de conjugarlas las hacía delirar hasta el hastío.

En uno de aquellos momentos de infinita inspiración y sensibilidad que adornaban a Montalvo, y refiriéndose al bello paisaje ipialeño, Montalvo escribiría un hermoso y depurado ensayo, cuyo título fue "El Sur de Colombia ". En él dice entre sus mejores partes lo siguiente: "Oiga ud. Semblantes, le dije una vez a mi compañero de destierro, mirando a la bóveda celeste; si yo escribiera que he visto nubes verdes ¿Me creería? Por decirlo usted, quizá; pero realmente es increíble lo que estamos viendo. Un pavo real apocalíptico, oculto el cuerpo tras la sierra había desplegado la cola y la tenía explayada sobre el cielo los colores del Arco Iris en confuso desorden, todos estaban allí sobre un fondo blanquecino, imposible de presentarse a la imaginación si no pasa por la vista. Elefantes sin cabeza, dragones desmesurados, águilas en actitud de alzar el vuelo, esfinges inmóviles, endriagos portentosos, vestiglos de bellas formas, toda clase de figuras, figuras grandes en proporción de este teatro, están allí dando idea de un nuevo mundo fantástico, superior al que habitamos. En ninguna parte del mundo las nubes toman lineamientos más extravagantes y radiosos: ese es un espejismo elevado donde vemos impresos los prodigios de las ciudades muertas y los bosques impenetrables. Nunca se me olvida un toque sombrío de ese cuadro deslumbrador: el castillo de Santo Ángel, oscuro y zahareño, se alzaba las tardes sobre el horizonte a corta distancia del ocaso. Era un nubarrón enorme, cilíndrico, truncado, igual en un todo al que he visto cerca de San Pedro de Roma. Este monstruo nunca toma parte en la luz de sus vecinos; pálido unas veces, otras casi negro, no



quería desmentir su condición de sepulcro y fortaleza".

A mediados del año de 1869, Montalvo decide volver a su anhelada Europa. A su paso por Panamá conoce al "Viejo Luchador" don Eloy Alfaro, con quien entabla una cordial amistad (Alfaro le ayudará generosamente a publicar algunas de sus obras). Luego sigue por el Atlántico en dirección a París. Pero cuando llega a París se encuentra con que se ha desatado la guerra Franco Prusiana. El pueblo francés en destiempo mira con dolor a sus hijos en campaña. Para muchos el Metz es la tragedia de sus hogares; para otros es el valiente bregar entre dos pueblos hermanos; para muy pocos será una lid en la que se reivindicque el orgullo del viejo imperio francés. La guerra dejará una estela de tragedia y resentimiento en el pueblo francés. Montalvo se hará parte de ese sufrimiento puesto que también saboreará el hambre, necesidad y tristeza que ésta implicaba.

El 20 de septiembre de 1869, Montalvo publica "El Padre Lachaise". Este escrito (cuyo nombre toma Montalvo del gran jesuita francés Francois Lachaise) es un panegírico de exquisita sensibilidad, en donde se sublimiza al dolor, a la madre, a la cualidad, a la muerte. Aquí trata de consolar a su amigo don Rafael Barba Jijón, quien ha perdido a su madre: "Muere el extraño, muere el pariente, muere el hermano, muere la madre... todos ellos son felices; la desgracia es de los que sobreviven". Luego Montalvo imagina a su madre recostada en la gelidez de un sarcófago, y dice: "Su cuerpo no se mueve, su rostro no se contrae en los deliciosos gestos del cariño; sus ojos están cerrados; sus labios han perdido el color y no se esponjan con la corriente de sangre; sus brazos caen inertes; sus manos, blancas y frías como el mármol, ni se abren, ni se cierran, ni te llaman con ese ademán tiernamente imperioso con que solía atraerte para sí. La nombras y no responde, la tocas y no se mueve: déjala, duerme su sueño eterno". A continuación dirá: "Genio benéfico, ángel de la guarda, ambiente puro y saludable la madre rodea al hijo, le ve, le cuida, le defiende por todas partes: delegado de Dios, la madre penetra lo futuro; inspirada y santa pitonisa, adivina los males que han de sobrevenir a su descendiente: esa inquietud, esa palidez, esa amable pertinencia con que nos favorece cada día, todo es amor... No hay madre que no sea un sabio, cuando se trata de la felicidad de su hijo; no hay madre que no sea poderosa, cuando su hijo necesita protección ... desde la pobre desvalida, que en una puerta de la calle tiene su parvulito en sus brazos, hasta la señora coronada que anda mostrando a los pueblos el heredero de su trono; todos viven y obran para su hijo: la una mira con sus ojos de hambre al transeúnte compasivo, que le echa un sueldo en el regazo; ya tiene pan para su hijo. La otra se pasea pomposamente en el Imperio, derramando grandiosas caridades; ya tiene simpatías para su hijo. La madre, la madre para el hijo, ni el peligro la intimida, ni el sacrificio es superior a sus fuerzas, ni su ruina la contiene, si va a salvarle y hacerle un nuevo bien".

A este mismo año corresponden otros valiosos escritos cuyos títulos son: "Del orgullo y la Mendicidad" y "Fragmentos de un Diario". Mientras "Fragmentos de un Diario" es una visión introspectiva o subjetiva del escritor; "Del orgullo y de la Mendicidad" es un ensayo "etopéyico" de la realidad española que Montalvo es capaz de percibir en un viaje que realiza a ese país. Cuando Montalvo viaja por la vieja Córdoba, soñando a orillas del Guadalquivir, y abismado de tanta belleza de iglesias, almunias y alcaicerías; siente hervir en sus venas la sangre de sus antepasados. Pero, también siente dolor cuando a su paso tiene que observar la pobreza indigente en que vive mucha gente. Observa en una plaza la falsa caridad de unos ricos que lanzan unas mesadas a los mendigos. Entonces se ve abocado a lamentar que toda la antigua época de grandeza española, haya caído hasta la miseria más tétrica, es decir, pocos ricos, demasiados ricos, y muchos pobres, extremadamente pobres. Pero ¿Cómo explicar esta situación? Inmediatamente viene a la mente de don Juan "El esprit des lois de la vanite et de l'orgovil des nations", del célebre Montesquieu; quien pensaba que "El orgullo del español le hace mirar en menos el trabajo", la vanidad del francés le induce a trabajar mejor que los demás". Pero lo que más le impresionó a Montalvo fue la gran cantidad de hombres, mujeres y

niños colgándose tras las carrozas; unos levantando las manos al cielo y otros prosternados en el suelo. Justamente esta situación es magistralmente retratada por don Juan, cuando estando en una población manchega observa y dice: "Entre la canalla infinita que baila, se estrecha, codea y mete la cabeza por las ventanillas, esta mujer del más extraño aspecto; su color frisa con el de los gitanos de Granada, cual si le hubieran espolvoreado hollín en el rostro; los dientes largos, con una capa de enjundia verde y espesa; la pupila como nadando en un pozo de ocre desleído; mechones de cabello aquí y allí, con lunares de calvicie donde quiera; manos secas y huesosas, de una curvas propias para las horquetas de que Dante arma a los diablos de infierno. Y este conjunto de deformidades cubierto de medio cuerpo abajo de un sayón amarillo y agujereado, remendado, desflechado, volantes los jirones con el viento, para poner al aire sus piernas cenceñas, flacas y nudosas; el seno va desnudo; los pechos colgados; lazos como los de las hotentotas; sólo la espalda le cubre uno que sería franizuelo, sujeto a la garganta por dos puntas, a modo de capa de toro".

## **EL ORGULLO, LA POBREZA Y LA GENEROSIDAD DE MONTALVO**

Montalvo, el hombre de las sentencias sabias y dicerio excelso, vivió en la pobreza más grande que escritor alguno de su época haya vivido. Pero su orgullo era más poderoso que su necesidad. Aceptaba con estoicismo todos los vaivenes de la necesidad, jamás de la deshonra; ese era en esencia Montalvo, un hombre azotado por la carencia de bienes materiales y agraciado con el designio bendito del espíritu y la razón. Al respecto nos cuenta y dice: "Una ocasión no menos dolorosa me hallaba en Francia. Qué dinero es suficiente para ocho meses de cama en esa vorágine espantosa de París... El menos ruin de mis compatriotas adivinó mi situación; adivinó que yo jamás aludí a ella. Pues, llevado blandamente a la eternidad por la naturaleza misma, veía la muerte con serenos ojos... adivinó y me envió una suma de dinero, escribiéndome que guardaría profundo secreto, eso era una ofensa. La hombría de bien, la honestidad, el orgullo viven al aire libre, el medio día es su hora. Sentí encrespármeme la sangre de las venas: a la indignación sucedió la vergüenza; caí luego en brazos de la melancolía, y contesté: Señor don Carlos, acepto la buena voluntad de usted; su dinero no". Quien enviaba el dinero era nada más ni nada menos que don Carlos Aguirre, adversario político, pero a su vez un profundo admirador de su obra. Montalvo no pudo aceptar jamás estas ayudas, así estas fueran de la mejor buena voluntad; sin embargo, sus adversarios políticos enceguecidos por su obstinado odio, lo tratarían de "pedigüeño", "estafador", y "bribón". Bueno, esto era una inaudita apreciación; pero Montalvo no perdonaría jamás a sus difamadores, y es más, encendería su pluma para depredarlos a rabiar.

No quedándole otra alternativa que el retorno (esa insaciable devolución que la vida nos depara para reamar nuestra querencia, para volver la mirada hacia el pasado, para identificarnos más con nosotros mismos y volver a nutrirnos profundamente de la sabia bendita que nos dio la heredad), Don Juan se embarca rumbo a Panamá. El barco grande en que retorna, se agitaba entre fuertes y monótonos movimientos. Don Juan caminaba en él meditabundo, triste, con un claro semblante de cansancio. En este año Montalvo se dirige de Panamá a Lima para tomar contacto con los más distinguidos liberales de su época (entre ellos el general Urbina). Parece que el objetivo principal de esta reunión, era planificar una insurrección contra García Moreno; cosa que se confirma en 1871 cuando se desata la lucha armada en Manabí, encabezada por don Eloy Alfaro y Mariano Mestanza (este último, supuesto enemigo de García Moreno, que lo acusó en el Congreso de falsificador electoral). Lo cierto es que en 1872, aparece en la ciudad de Lima, uno de aquellos libelos difamatorios contra Montalvo, escrito por Mariano Mestanza, (el cual se ganó gratis el calificativo de "leproso") cuyo título era: "La verdad: Refutación a las calumnias de Montalvo". Mas como don Juan no tenía sangre para aguantar tantas infamias,

pronto hace blandir su pluma y con un agudo dicitario se lanza en una nueva lid contra sus enemigos. (Estos capítulos denostativos son reunidos en un solo opúsculo, del cual se editaron originalmente tres o cuatro ejemplares con tipografía de Nicolás Pontón y Cía.) Lo tituló: "El Antropófago ("Atrocidades de un monstruo", "Prosa de la prosa", y "Los incurables"). ¡Cómo hierve la sabia ironía en Montalvo! Enuncia las cualidades de Sócrates, Fenelón, Virgilio Marrón, Aristófanes, Cicerón, Byron, Bolívar, Pasquino, Job, Napoleón I, Napoleón III, Lord Clarendon, Chateaubriand, Lamartine, Cervantes, Antístenes, Crespo, etc. Para luego resaltar el tamaño diminuto de Mevio y Bavio y ejemplarizar en ellos a todos sus enemigos. ¡Bendita ira la suya! palabra fina en grotesco insulto; pensamiento agudo en sentencia etérea; ira divina en venganza noble; ofensa sabia en defensa incólume. Y Montalvo dirá a sus enemigos: "Han publicado contra mí un libelo infamatorio mis contrincantes... Mestanza hombre infeliz". Luego gira bruscamente su rostro y mirando a otro de sus contrincantes dice: "Espinoza mal hombre... hablas de luz y huyes del sol, hablas de colores y no puedes ver el iris... Mevio Espinoza". Don Modesto Espinosa cae en cuenta temeroso que se ha precipitado bajo las garras de Montalvo. Y por último se dirige a su irreconciliable enemigo de siempre, don Juan León Mera, a quien le dice: "Y tu cabeza de quichua Mera redrojo de Tamañes, híbrido y monstruoso engendro de dos razas malditas... el vampiro no es poeta, y tú no eres poeta León Mera". Los labios de León Mera se tornan mustios, dejando apartado su armonioso verso de poeta y guardándose en un desconcertado silencio. "Lo que haré será recoger en vasto edificio a todos los leprosos de alma, para evitar el contagio de las generaciones jóvenes... los que tienen alma supurada y son del todo incurables, tendrán un departamento aparte". No solamente serán ellos los que reciban el castigo de Montalvo, sino también Marco Espinel y Manuel Gómez. "Leprosos, incurables" los llama: "El que se arriesga con un tonto no acredita su cordura", manifiesta con implacable varonía. Montalvo exhibirá en su autodefensa una serie de escritos cuyos títulos son los siguientes: "Del hambre", "De la envidia", "De la impiedad", "Herejía", "Abjuración", "De mi ferocidad", "Del desinterés", "De la esclavitud", "De la honestidad y la prudencia", "Judaísmo", "De la probidad de los hombres y del honor de las naciones", "Monstruosos ejemplares de la calumnia", "De la amistad", "Qué es la vida según Séneca", "Prosa de la prosa", "Los incurables", "Otros incurables", "De la ingratitud", "León Mera".

Sin lugar a dudas la situación que más ha acongojado a Montalvo durante toda su vida ha sido su extremada pobreza, la cual le implicó en muchas oportunidades situaciones de hambre. Pero siempre encontramos en él una concepción asertiva, resignada y sublimizada del hambre: "El hambre es cosa respetable en todo caso, sagrada muchas ocasiones, santa alguna vez". Sus amigos y enemigos políticos conocían de sobra esta situación y no es de sorprender si alguna vez rechaza con exaltado orgullo una ayuda (como la de Carlos Aguirre), o en su defecto la acepta a manera de préstamo como las ayudas que le fueron proporcionadas por Eloy Alfaro y José María Avilés (dos mil francos, o sea cuatrocientos pesos fuertes), al parecer también la ayuda que le proporcionó el Arzobispo Checa y Barba, y la de su gran amigo Rafael Barba Jijón. Sin embargo, recordemos también la magnanimidad y generosidad de Montalvo, cuando en uno de sus días por París, aflorando su profunda sensibilidad (pese a su necesidad) siente la obligación de dar caridad: "Un día no me había quedado por caudal sino un franco en el bolsillo, y se lo di a una muchachita, porque todos estamos obligados a dar de comer al hambriento. ¿No se lo había de dar? traía atada la cabeza; en sus rasgados ojos brillaba el hambre, pues el hambre tiene también su resplandor, la luz siniestra con que la muerte se alumbraba para llegar. Su cara era una elegía: chupadas las mejillas, pálidos los labios, porque la sangre retrae de los que no comen: andrajoso el vestido, el pie desnudo. Se me llegó y me miró y me extendió la manecita: ¿No le había de dar mi franco? al otro día tomé una taza de leche, y lo pasé contento; al tercer día tomé una taza de leche, y lo pasé triste. Y cuando el sol se ponía, cuando sus últimos rayos doraban las cimas de los árboles del campo de Marte, y la colina de Meudón está resplande-

ciendo en el luminoso vapor de la tarde, baje por el trocadero, y puesto de codos en el brocal del puente de Alba, me estuve viendo azul el turbio Sena... (Recordemos además, cuando siendo ministro de Estado el distinguido caballero Mata, y don Juan prestaba sus servicios en el Cuerpo Diplomático ecuatoriano en Francia, éste donó la mitad de su sueldo al Estado). La pobreza de Juan Montalvo no tenía sabor a falsedad o apariencia política (Montalvo no tenía vicio alguno); así como tampoco supo aceptar ayuda vengada de donde viniera. Era una pobreza hidalga, como lo fue la de Lamartine, Byron, o la de Bolívar al final de su camino. Era de esas pobrezas de aquellos hombres grandes que alumbran las pasiones e ideales más nobles de las generaciones venideras; de esas pobrezas celestiales; de esas pobrezas brillantes que dejan una estela profunda en el devenir de los pueblos. Sus enemigos políticos en una espontánea manifestación de odio e impotencia, pronto desvariarían en epítetos y calumnias llamándole: "Feroz" (Marcos Espinel), "deshonesto", "impúdico", "interesado", "hipócrita", "estafador", "barbilampiño", "cabeza de etíope", "cobarde", "cabeza de judío". Mas como Montalvo no se dejaba amilanar, pronto volverá a su pluma para exterminarlos, uno a uno, sin piedad, ni contemplaciones.

## **DON JUAN CONTINÚA ESCRIBIENDO**

En 1872 (año cumbre de su literatura), Montalvo escribe "JARA" (un drama de pasión y venganza). "LA LEPROSA" (trata sobre la lepra que se inmiscuye en la vida de un hogar y va destruyendo su felicidad). Y por último "GRANJA" (Granja es la representación del típico marido celoso, dudoso de la fidelidad de su esposa).

En ese mismo año y el siguiente (1872 - 1873), escribe la que sería su obra cumbre: "LOS SIETE TRATADOS" (en Ipiales). El 3 de Agosto de 1873, su profunda devoción y esperanza en la libertad, le lleva a terminar una obra en la cual describe en una forma casi clarividente la muerte de García Moreno, y titula este drama: "EL DICTADOR" (un tirano desprovisto de sensibilidad, escrúpulos y principios, mata a su esposa para contraer nupcias con otra que le ofrece mejores intereses). Para finalizar este año, escribe otro drama que es trasunto de un drama personal, con el título de "EL DESCOMULGADO" (Mauricio es el descomulgado, pues el ser amado por sus hermanas y sus actos incestuosos, le dan tal condición). Estos dramas (La Leprosa, Jara, Granja, El Descomulgado y El Dictador) fueron publicados bajo el título de "EL LIBRO DE LAS PASIONES", en la Habana, el año de 1935, por el gran profesor cubano, don Roberto Agramonte.

En marzo de 1872 (con tipografía de Nicanor Médicis) don Juan escribe "JUDAS", que junto con el "POST SCRIPTUM" constituye la última defensa de los oprobios emitidos por sus enemigos políticos. En estos escritos es digno resaltar el alto concepto que transmite Montalvo del honor, del valor de la virtud, de la sabiduría; su aguda ingeniosidad para relacionar a sus enemigos con elementos abominables de la historia, así como también ejemplarizar las virtudes de grandes los grandes hombres del pasado. La pasión es el móvil de su temática, la intransigencia y la perseverancia; pasa sin ninguna dificultad de lo feo a lo ridículo hasta llegar a lo grotesco. Por la cantidad de nombres y conocimientos adaptados a las circunstancias de sus escritos, podemos valorar el prodigio de su memoria, su vasta cultura general; sin dejar de lado la brillantez con que exhibe la concatenación de ideas y su profundo pensamiento. Montalvo sabe perfectamente el precio de la libertad, y por eso odia la opresión en el más alto sentido de la palabra, porque él nunca quiso incluirse con aquellos, de los cuales Víctor Hugo decía: "Oprimido que acepta la opresión termina por ser cómplice". Sabe que su libertad tiene como precio la pobreza, la cual le implica necesidad; sin embargo, la acepta y se hace eco de las palabras de Nietzsche cuando siente que su "vida ha sido un combate entre la libertad y la necesidad". Pero Montalvo es un idealista lleno de una arraigada fe, de esa infinita fe de Paúl Verlain cuando alguna vez decía: "La fe: pan, sal y abrigo para el camino tan solitario, tan rudo

y tan largo sin duda".

"Judas" fue un escrito dirigido a Mariano Mestanza, para determinar en él su calidad de traidor (y de paso ataca a Espinel), de mal amigo y de indecente. Montalvo recurre a tres nombres para el efecto (renombrados por su maldad): Caifás (El Sumo Sacerdote de los Judíos), Jean Paul Marat (político y revolucionario cuyo fin quedó en manos de Charlotte Corday), pues de este señor diría Montalvo: "Demagogo y caudillo del pueblo, hombre cruel y arrebatado por naturaleza"; y por último el "demonio" Troppman (cuya ambición lo llevaría a envenenar a un padre de familia, degollar a una madre y a sus seis hijos). Además, cita otros nombres como: Nabot (el hombre trabajador y temeroso de Dios), Arab (un individuo perverso), Jezabel (el mal juez), Rancé (excesivo en virtudes), Trasíbulo, Sócrates, Platón, Zenón, Augusto, Galalón, Perinet Lecrec, Armodio, Aristogitón, Homero, Napoleón, Osián,, Charlotte Corday, Cicerón, Trochu, etc.

Para aclarar las infamias dichas en contra de suya, el 20 de septiembre de 1871, don Juan había escrito una carta al Sr. Teodoro Gómez de la Torre, en la cual le pide explicación a las falsedades emitidas por Espinel, que fundamentaba su calumnia en una supuesta carta del Sr. Gómez de la Torre. El 3 de octubre de 1871, el Sr. Gómez De La Torre responde manifestando que él solamente se había limitado a contarle de una carta enviada por Mestanza a Urbina, cuya dirección "había sido cambiada por equivocación", por lo cual fue a dar en manos de García Moreno. En ella Mestanza contaba a Urbina, que los señores Murillo y Mármol reunían dinero en Guayaquil; los señores Alfaro serían encargados de transportar materiales de guerra de Panamá a Manta; y por último, que se había enviado dinero a Ipiales para ser entregado a Montalvo. De esta carta había comentado el Sr. Gómez de la Torre cuando Espinel estaba enfermo y se le ofreció salvoconducto para regresar al país. Por otra parte, Eloy Alfaro también escribe una carta a Montalvo indicándole que el Sr. José María Noboa asegura que Mestanza propuso escribir cartas "comprometidas", cuyo destino sería llegar a las manos de García Moreno, el cual sin lugar a dudas expulsaría a los ciudadanos comprometidos en ellas. Mestanza en consecuencia, era el delator de la fallida revolución de Manabí. Se asegura que fue comprobado que dos cartas suyas llegaron a manos de García Moreno (Genaro Larrea). Respecto a esto Montalvo comentaría: "¡Cuántas inquietudes e indignidades en una sola cobardía!". Por otra parte, el 6 de julio de 1872, escribe al Sr. José María Avilés (quien por dicha fecha se encontraba en París), y le pide encarecidamente dar respuesta a las siguientes preguntas: Si posee alguna obligación de Montalvo; si hubo mala fe en su préstamo; si insistió por medio del Sr. Carbo que sea aceptado el préstamo; y si podía hacer uso público de esa carta. La respuesta llega el 30 de septiembre de 1872, en la cual el Sr. Avilés dice entre otras cosas: "El objeto de su carta es interpelarme sobre algunos puntos, siendo el principal el hecho de haber yo insistido, por medio del Sr. Carbo, en que ud. aceptase una suma de dinero en préstamo, en los términos modificados por mí, la cual ud. rehusaba según se colige de las que me escribió a Versalles. Contesto que este punto es exacto en todas sus partes: en mis contestaciones le pedí con insistencia que aceptase. A la otra interpelación de si yo poseo obligaciones de ud. que yo no quería pedirle. Quiere también que le diga si en ese asunto hubo algo que oliese a mala fe o indignidad de su parte, y si creo tener motivo de disgusto para con ud. A esto digo que el hecho de hacer un préstamo, no induce a suponer siquiera mala fe o indignidad; y que ni por esto ni por otro motivo he tenido, ni tengo el menor disgusto con ud.; y mi mortificación hubiera sido verme en el caso de negar un pequeño servicio a un compatriota proscrito como yo. De esta contestación, que sin duda hará desaparecer todo riesgo tocante a su delicadeza y la mía, puede usted. hacer el uso que convenga". De esta manera, Montalvo refuta documentadamente las calumnias de sus adversarios.

El 28 de octubre de 1874, conoce luz en Panamá la obra titulada "LA DICTADURA PERPETUA", cuya publicación en Quito no se realizará sino en mayo de 1875. (En esta obra

Montalvo incita matar al tirano García Moreno). Pues se dice que los conjurados del 6 de Agosto de 1875, siguieron al pie de la letra sus consignas.

## **EL ÍMPETU DE GARCÍA MORENO**

En el año de 1869, García Moreno se había consolidado en el poder. El Cuarto Congreso Constituyente (una camarilla compuesta por hombres allegados a García Moreno), se reúne el 16 de mayo de 1869. Esta concreción de ciudadanos liderados por Rafael Carvajal (Presidente), Elías Lasso (Vicepresidente) y Víctor Lasso (Secretario), cumplieron un papel incondicional con respecto a las ideas de García Moreno; llegando incluso a rogar su permanencia en el poder, mientras éste, con una actitud soberbia renunciaba dos veces (con segunda intención) y dejaba en el poder a un familiar suyo: don Manuel de Ascázubi. El 22 de mayo esta Convención acuerda nombrar a García Moreno "general en jefe del Ejército ecuatoriano". El 29 de Julio, reunidos en la iglesia de la Compañía (la mártir del 3 de Octubre de 1849, en que la lucha de Elizalde y Noboa, llega a realizar ciento cinco escrutinios), lo eligen casi por unanimidad presidente constitucional de la República del Ecuador, realizándose el juramento en la Catedral Metropolitana de Quito, el 10 de Agosto de 1869.

A la Constitución que debía acompañarle en el ejercicio del poder, se le dio algunos calificativos displicentes como: "Carta Negra", "Coyunda Clerical", "Constitución Garciana", etc. (Hay que reconocer que ésta fue una de las mejor estructuras de su época) y que si bien permitía gobernar en un ambiente de armonía y disciplina, por otra parte disgustaban ciertos puntos como por ejemplo: la duración de 6 años en el ejercicio del poder y la posible reelección del Presidente. Ante esta situación cabe mencionar que hubieron ciertos disgustos que ocasionaron pequeñas insurgencias, como por ejemplo, el plan de asesinar a García Moreno elaborado por los ciudadanos Pimentel, Sánchez y Manuel Cornejo Cevallos, los cuales fueron descubiertos por la delación de Sánchez y condenados a muerte por un Consejo de Guerra (sentencia que fue conmutada por destierro y trabajo forzoso). También cabe mencionar el levantamiento en Cuenca, en el cual se fusilaría a Ignacio Aguilar, Cayetano Moreno y Vicente Heredia.

Al poco tiempo, García Moreno se impondría fácilmente; la probidad, la honestidad, el trabajo, la constancia, el pudor, etc. se canalizaron con la colaboración de distinguidos caballeros como son los llamados "Tres Javieres" (Francisco Javier León, José Javier Eguiguren y Francisco Javier Salazar). Se detiene radicalmente la deriva fiscal; el país comienza a despertar de su letargo; se erradica el latrocinio; se limitan las fiestas estatales; se extirpa la podredumbre moral; se saca a la cultura de su somnoliento estantío, en fin, se ordena el caos. Todo esto sólo puede hacer el profuso y brillante talento de García Moreno. Es tan temperamental, impaciente e imponente, que sólo así puede lograr el gran milagro nacional, que visto en ojos de Remigio Crespo Toral sería así: "En esos seis años fue la paz, el desarrollo estupendo de la nación y la cumbre del progreso. Con menos de tres millones de entradas al año, se realizó el prodigio de extensión, de encubrimiento, de exaltación de nuestra pobre patria, al punto de incorporarse ella en la sociedad, como dechada de honradez, de sana política y de alta cultura". Allí está la obra cultural desarrollada por los lasallanos, jesuitas, las madres de los Sagrados Corazones, de la Providencia, etc. Allí está el impulsor de la educación de la mujer, el creador del protectorado, del Colegio Militar, del Conservatorio de Música; el decidido patrocinador de la Academia de la Lengua. Es el impulsor del Observatorio Astronómico, de la Escuela Politécnica. Trata de desarrollar todas las ciencias: Astronomía, oceanografía, fauna, flora, historia, geografía, etc. Trae profesores de diferentes nacionalidades; encarga la educación primaria a los hermanos cristianos; beca al exterior a distinguidos artistas como Rafael Salas y Juan Manosalvas; trae distinguidos sabios como Wolf y Sodiro. El eucalipto llega a la sierra ecuatoriana (terreno en el

cual se adapta perfectamente), se prueba el cultivo de la vid y la morera. Construye la carretera Quito - Guayaquil (la cual lleva su nombre), se construyen otras como Quito - Guamote, Otavalo - Esmeraldas, Quito - Manabí, Cuenca - Naranjal, además de otras carreteras que conectan algunas otras poblaciones. Por otra parte, pone de manifiesto su temple al dedicar un gran esfuerzo a la disciplina del Ejército, evitando así el oleaje incontenible de insurgencias que azotaban al país y obstruía el desarrollo nacional. Hizo construir una prisión cuya función a más de la reclusión, propendía a la rehabilitación social para vivir decentemente en libertad. También se preocupa del amparo a la mujer abandonada en la vida, dándole oportunidad de reivindicarse mediante el aprendizaje de cualquier quehacer.

## **EL 6 DE AGOSTO DE 1875**

En las calles de casas grises y portones de azul y negro, camina como arrogante el tan temido Tirano. Tiene ceñido traje que oscila con lo suntuoso; aspecto de militar, santo, rigorista y cristiano; se precia de caballero, fina escultura en palisandro... y va caminando lento, se pensaría hacia el santuario. En lo alto del Pichincha un nácar se va encrestando y el viento titiritero va desafiando los riscos. Y subió por los escalones que brindan el pasadizo, sin prevenir de la muerte o cualquier sombra cercana. Juntáronse sus miradas como en el brezo la llama, buriel de desprendimiento fue la mirada en la suya.

Rayo con su vindicta se recluyó en sinrazones. García, sin duda alguna, reinició en su trayecto; mirada frugal y parca; jirón terciopelo y mirto ¿De cuántos parpadeos se ha vestido su mirada? Sueño de flor y juncia (su semblante no ha cambiado) malicias ensordecidas jugando a la embaída. Suave color de dolencia, remusgo, azabache y fresco; soledad, cansancio y vida. ¡Señor, qué infinito es aún lo extraño! Su voz desprendida en labios le rasgó por los oídos; voz de fina arista y gruesa locución serrana. Voz de viola y malva perdida en la lejanía. ¡Tirano! grita el rebelde brotando furia vesánica y en la maligna presteza gira un machete filo. Pistoletazos desfogan rabia y gritos de cruel venganza, y van lacerando el cuerpo como si ardieran de encono: Abelardo Moncayo, Roberto Andrade, Manuel Cornejo Astorga... ¡Al fin llegó tu día bandido!, grita el un asesino... y otro grita encendido los vivas de Libertad. Un machetazo, dos, tres, algunos. Luz trémula al palpitar cayó, no tenía fuego ni color que respirar, tenía figura roja cuando al callar oyó: Ayarza, Jambelí, Viola, Maldonado, Borja, Valverde, Proaño. Mil latidos desgarrados por el suelo (al suspirar) se van muriendo, se van, se van muriendo.

¡Ha muerto! dice alguien. También parece morir el día. Sangre carmín y negra derretida tras la greña; sangre granate y mustia enfriada tras la angustia. La muerte no tiene tinte, se pinta de sangre roja; la muerte no se va sola, se junta de oscuridades, y el día... vaga con cargas tristes de lentos años y tiempos de luz de soles.

Es frío, demasiado frío y calla. ¡Ha muerto!... dicen... (la calle enmudece) el machete toma su vaina con más añoranza y pena... va sangrando (remordimientos); hemorragias de machetazos asestando van sus huellas (gruesas y simples fibrillas de vida aposentadas en el suelo) Pallares (el edecán) pide auxilio... el comandante Francisco Sánchez parece estar comprometido.

Reyerta de cruel semblanza y bruno resentimiento; dramática despedida al más buen señor cristiano. ¿Acaso la suerte es buena en manos de un asesino? Un grito de muerte despertó el ambiente, haciendo del silencio un acerrillo intangible de gemidos. Un grito austero e incomprensible sobrepasó los rincones más íntimos del poblado; parece que hubo más silencio, porque para escuchar se necesita más silencio; iba y golpeaba a lo lejos, allá, lejos, dilapidando ruidos de dolor, (de miedo) se alejaba. Palideció casi lentamente, con una tierna algidez de cardo; blanco lívido, como copiando una eterna sencillez de nube. Sin palabras (ha caído); las

palabras no son el lenguaje del dolor. ¡No! porque parece que rozaran y es mejor amadrigarlas para poder escucharlas siempre... Y quedó su sombra inerte deslizada en la calzada, y quedó con mil rumores desbandados el murmullo; y pienso que fue una sombra blanca que huyó junto a la muerte (la muerte no tiene forma y se encuentra siempre muy sola)...¡Tirano de la libertad!, ¡Jesuita con casaca!, ¡muere!, ¡muere!, le gritan sus verdugos, mientras García Moreno exclama con dificultad: ¡Dios no nunca muere! Penas y llanto brotan de un rincón como tonada, penas que niñas mueren en la esquina de la calle. Sus labios se recostaron inflexibles en el suelo, murmurando con dulzura palabras de perdón eterno...

Cuando la tropa salió exaltada, el destino ya había dejado su huella macabra. Gabriel García Moreno había perdido la conciencia, a la que ya no volvería jamás. Sin embargo de lo cual, habría de perder mucho más pronto la vida su verdugo: Faustino Rayo, del cual se dice que fue inducido por la logia masónica del Perú, aprovechando su odio personal contra García Moreno. "Su excelencia sobrevivió más de una hora y cuarto a sus mortales heridas y fue trasladado a una capilla de la Catedral, en donde poco antes se le había visto prosternado ante el Santísimo expuesto, pues era el primer viernes del mes. Había comulgado ese mismo día a las siete de la mañana. Falleció a las dos de la tarde dejando a la capital en la más grande consternación. Las exequias tuvieron lugar el día nueve, siendo tan numerosa la asistencia que rebasaba ampliamente la catedral". El silencio en tedeum macabro va murmurando las horas, la sangre que fuera roja se ha transformado en violácea, y viene el desabrimiento como el dolor a la calma, y la paciencia se excita al resonar la esperanza.

Los criminales en conjunto habían gritado "Viva la patria", luego se supo de las frases que emitieron individualmente: Faustino Lemus Rayo dijo: "Muere Jesuita", Roberto Andrade: "Yo le di un balazo", el Dr. Manuel Polanco: "Pueblo imbécil", Abelardo Moncayo: "Virtud, tela agujereada", Manuel Cornejo: "Cometí un crimen", Francisco Sánchez: "Denme su cadáver", Gregorio Campuzano: "Terror a la masonería". Mientras desde su destierro (Ipiiales) Juan Montalvo decía en forma de complacencia algo sarcástica: "Mía es la gloria, mi pluma le mató".

Es menester anotar que si bien García Moreno no "merecía" tal suerte, Montalvo tampoco merecía las crueles opiniones de don Belisario Quevedo cuando afirma: "García Moreno no era un Sancho ni un Quijote: era un hombre y un gran hombre; a cuyo lado su rival aparece como un brillante retórico de generoso corazón; pero vacío de sistema, de doctrina, de ideales concretos, retórico tristemente infecundo a quien sus devotos hacen mal en atribuirle como mérito la muerte del gobernante".

Entre tanto, había asumido el poder Ejecutivo el célebre ciudadano Francisco Javier León, cuyo primer procedimiento fue perseguir a los implicados en tal magnicidio; fue fusilado primeramente Gregorio Campuzano (se dice que don Francisco a los pocos días enloqueció). Ya Rayo había sido muerto por el disparo de un soldado llamado Manuel López. El Dr. Manuel Polanco, fue apresado (luego de unos pocos meses fue puesto en libertad). Francisco Sánchez, también fue apresado (sin embargo de lo cual logró huir de la cárcel). Abelardo Moncayo y Roberto Andrade, huyeron (a Colombia y Perú). Ante la afección mental de Francisco León, es llamado a gobernar Javier Eguiguren; mientras en la palestra política surgen nombres como: Luís Antonio Salazar (anti-garciano) y Antonio Borrero y Cortázar. Como renunciara el Dr. Eguiguren quedó el poder ejecutivo en manos del Dr. Rafael Pólit (Presidente del Senado). Surgen nuevas candidaturas como la del Coronel Sáenz y Antonio Flores Jijón; mas, el 17 de octubre de 1875, luego de un triunfo amplio, asume la Presidencia de la República el distinguido azuayo Dr. Antonio Borrero y Cortázar. Borrero era de esos hombres que por su exquisita cultura estaba plagado de delicadeza; nada prepotente ni déspota; por su calidad de gente era incapaz de dañar el honor de los demás. Era un hombre intelectual que vislumbrada un agudo talento. Excelente escritor, digno de considerarse entre los mejores de su tiempo; airoso, apuesto, merecedor del calificativo que le confiriera García Moreno: "Catón ecuatoriano". Sí, tenía



mucho de Catón sobre todo por sus llanas formas de vida copadas de virtud. Amó la tradición y la sabiduría, mas nunca imaginó las sorpresas que le tenía deparada la vida. Borrero era un hombre de aquellos hombres que "por cada mil que machetean contra las ramas, solo hay uno que va buscando la raíz". Hombre de bien, enemigo de la traición y divorciado de la injusticia. Era sincero, noble; por eso combatió a Urbina y Robles. Por su alta valía moral sería postulado para Vicepresidente de la República. Allí estuvo su "Centinela" donde su pensamiento pudo aflorar la riqueza más limpia de su alma. Allí estuvo el "Constitucional" donde el ingenio y la sencillez resalta por su forma.

Don Juan Montalvo había apoyado su candidatura presidencial en 1873, más él, con una infinita sencillez enfatizó su negativa: "No quiero que mi nombre suene en la elección. Prefiero la vida privada y la dulce tranquilidad del hogar a ese potro de tormentos que se llama Presidente de la República". Luego de postularse y ganar la Presidencia, cuando Borrero llega a Quito y le espera el pueblo en las calles, cuentan que el Dr. Borrero preguntó al Dr. Malo: "¿Habrá empleo para tanta gente?" a lo cual respondió el Dr. Malo: "Lo dudo Doctor", "entonces ya sé lo que me espera", replicó el Dr. Borrero. Sin embargo de no ser su problema fundamental éste, surge uno más poderoso: el no haber podido complacer ni a una izquierda cizareña empeñada en romper los pesados recuerdos garcianos, ni a la derecha intransigente, inmersa en un garcianismo aparentemente reivindicador. Muy pronto los mismos liberales consecuentes a él, habrán de patentizar su descontento con frases duras, insistiendo en la posibilidad de una nueva Convención que reforme la Constitución Garciana. Pues nunca llegó a cristalizarse este deseo y el conflicto inició. Pronto llegaría el momento en que este Gobierno se precipite en un caos administrativo y se ahogue en su ineficiencia administrativa producto de "Las riendas de seda" y decisiones débiles plagadas de dubitación. Parece que las inclinaciones pregonadas por Borrero: La concordia, la tranquilidad y el entendimiento, dieron origen a que su prestigio político desaparezca, dando lugar a una no muy grata dictadura: la de Ignacio de Veintimilla.

## **MONTALVO Y VEINTEMILLA**

Es indudable que el error más grave de Borrero, fue el haber colocado en la Comandancia General de Guayaquil a Ignacio de Veintimilla (aunque con algún recelo). Veintimilla, dicen quienes lo conocieron, era arrogante, lleno de una vanidad exorbitante, jocundo, generoso con los suyos, lo cual le creó un cierto agrado entre la tropa. Pero todo esto no le quitaba su condición de cínico y ambicioso, lo cual está claramente demostrado en su carta del 30 de Agosto de 1876 cuando le dice a Borrero: "Usted debe persuadirse, que yo y todos mis amigos, sea cual fuere nuestra posición, estaremos siempre por Usted, siempre con abnegación y lealtad". Al saber de la caída de Borrero, don Juan diría con sarcasmo: "El mudo ya no es doncella"; pues bien sabía que la democracia había sido sometida por un nuevo tiranuelo de sardescas sonrisas e indescifrables designios. Borrero correría despavorido hacia los conservadores. Don Juan (que por ese entonces se hallaba en Guayaquil) pensaría que lo conveniente en ese momento era un gobierno provisional, electo por el pueblo (lo cual lo llevaría al destierro).

Mientras tanto, Veintemilla era ya el Jefe Supremo y Capitán General de los Ejércitos de la República; combate con denuedo en Galte (cien muertos y seiscientos heridos); y en "Los Molinos". Ha llegado la hora de la "conjuración catilinaria triunfante". ¡Viva Veintimilla!, dice el pueblo en un acto de inocente esperanza, mientras Veintimilla se apresta a cumplir con sus propósitos personalistas inconsecuentes.

Juan Montalvo por su parte, luego de haberse manifestado con profusa satisfacción ante el asesinato de García Moreno: "Le han quitado la vida unos cuantos mucios, romanos de pelo en pecho, no por apartar a un lado su persona, sino para destruir su obra, jurando ante los dioses,

puesto la mano en el brasero, no cometían vileza ni delito", prosigue con sus escritos: "EL ULTIMO DE LOS TIRANOS", "LA MUERTE DE GARCÍA MORENO", "MISIVA PATRIÓTICA", "LA CONSPIRACIÓN DEL SEIS DE AGOSTO", "PROCLAMA (PARODIA)", "LA VOZ DEL NORTE", y "LA REVOLUCIÓN DEL NORTE". El 30 de Mayo de 1876 aparece en Quito: "ASOMOS DEL COSMOPOLITA"; en junio aparece rimbombante el "REGENERADOR No.1", en Julio el "REGENERADOR No. 2", el 19 de Julio aparecen los escritos titulados: "COMBINACIÓN" y "AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA". En agosto del mismo año aparece el "REGENERADOR No. 3".

El 6 de agosto de 1876, llega Juan Montalvo a Quito luego de su largo destierro; llega el panegirista de la libertad, el egregio pensador, el erudito de las letras castellanas. Parece resentido, pues Borrero no se había dignado invitarle a retornar de su destierro, a él, a su más leal defensor y teorizante del liberalismo; al que jamás aplacó su brío contra el tiranismo cicatero; al que nunca demostró actitudes de debilidad frente al dolor o la tristeza. Montalvo no soporta la mediocridad, ni la dubitación y en este mismo mes edita el "REGENERADOR No. 4". En todos los regeneradores encontramos al decidor agudo y mordaz, al donairoso ensayista, al periodista con criterio en ciernes, al político desilusionado y defraudado; al hombre que predica virtud y más virtud, al que repudia al gobernante débil y dulzón. Viene a su mente lo que es la grandeza de la sabiduría, el bello aflorar de la poesía, lo pútrido y lamentable de los enfermos del lazareto, los viajes, la guerra, los abruptos errores ejecutivos y legislativos, que no hacen sino detener el desarrollo nacional. Quiere ser el guía, la luz que alumbró el derrotero de un país desconcertado ante la desaparición de García Moreno; y no puede omitir sus "Lecciones al Pueblo". "El pueblo no estudia en libros, dice, su sabiduría es práctica; toma del buen sentido y ejemplo de los hombres que por las virtudes y las luces están eminentes en la sociedad humana".

Luego del 8 de septiembre de 1876, en que se produce el levantamiento militar de Ignacio Veintemilla, Montalvo escribe una hoja con el título de "El ejemplo es Oro", la cual se publica el 9 de Octubre de 1876. En enero de 1877, sale a la luz "EL REGENERADOR No. 5" (Las leyes de García Moreno) el cual se publica en Panamá. Y nuevamente su oposición a Veintemilla lo llevará al destierro, pero esta vez el destierro es corto, ligero, pues vuelve nuevamente en Abril de 1877, para publicar el 22 de Julio, una hoja volante (en la cual fustiga a los asesinos del arzobispo Checa y Barba) que lo titula: "Los Envenenadores del Arzobispo".

Por su parte Ignacio de Veintemilla, ya consolidado en el poder comienza a cometer una serie de desaciertos, como por ejemplo, el querer oponerse radicalmente al clero, a sabiendas de la influencia que éste tenía en la sociedad ecuatoriana (desatando la primera persecución sectaria que ha vivido el país). O querer callar a ciudadanos valiosos por medio de abuso y la reprimenda, como es el caso del arzobispo Checa y Barba, que fue asesinado un viernes santo (1877) con estricnina; o también el asesinato del insigne ciudadano don Vicente Piedrahita. Como algo lógico, el Gobierno trataría de echar polvo sobre el cuerpo del delito, y para el primer caso culparía a un tal padre Andrade y en el segundo lo convertiría en un misterio. Como era de esperarse surgió la oposición. Y no solamente aquella que conspiraba por medio de las armas, sino también la más incontenible de todas: la periodística. Allí vemos atacando a Veintemilla: Montalvo, Carbo, Castro, Alfaro, Valverde y otros. Dentro de los actos más ridículos y que desestabilizaron más a este Gobierno, está el "Triunfo de Mayo" por el cual, Veintemilla mandó "echar al vuelo las campanas". Pues no contó con que el arzobispo Arsenio Andrade, disgustado por los actos arbitrarios, se negaría a tal acto, al igual que a pagar los quinientos pesos de multa que se le impuso (dicen que el padre Arsenio Andrade huyó hacia el Pichincha y lanzó una excomunión sobre la ciudad); lo cierto es que a los dos días erupcionó el Cotopaxi (25 de Junio de 1877) y el pueblo atemorizado asoció con un castigo de Dios. Luego el pueblo se levanta en armas y ataca el edificio del Hospital Militar, al igual que la Casa de Pólvora en el Panecillo, mas esa actitud será reprimida por la Fuerza Pública en San Blas.

Nuevamente siguen los desaciertos: el 27 de junio, Veintemilla rompe con el Concordato y para completar el malestar, el Doctor José Peralta escribe "Carta a los Obispos". Todo parece derrumbarse, cuando inesperadamente surgen dos aciertos políticos de Veintemilla: la decisión de convocar a una Asamblea Constituyente, y el convenir en un entendimiento con la Iglesia. Y es así como se reúne la Novena Asamblea Constituyente en Ambato, no sin antes confirmar a Veintemilla como Presidente Constitucional de la República y concederle muchos atributos.

En el año de 1878, Juan Montalvo decide retirarse en busca de descanso a la ciudad de Ambato y Baños. Se lo ve algo cansado, lleva un sabor agrio en su boca y en su corazón una decepción indescriptible. Está lleno de esa insatisfacción profunda que suelen tener los idealistas y además se siente inestable, como si un cúmulo de presentimientos se hubieran apostado en su pecho. Dedicó la mayor parte de su tiempo a leer y a ordenar sus escritos. Pues seguía en el país "el pan y el circo". Luego, Don Juan le llamaría a Veintemilla el presidente de "Los siete pecados capitales"; Borrero le dijo "Vinólogo y tahir". Cuando don Juan le insulta, deja a Veintemilla en el más absoluto de los ridículos. Pronto llegará la hora de Veintemilla. El asesinato de Vicente Piedrahita causa demasiado disgusto en el pueblo como para soportar al dictador. Entonces surge la Restauración y por ende saltan a la palestra distinguidos generales como Sarasti y Salazar por el sur; Landázuri por el norte; y en la costa, Eloy Alfaro y Manuel Franco. Sin embargo, Veintemilla cuenta con la fidelidad de muchos soldados y en especial de su sobrina Marietta de Veintemilla. Se dice que en sus últimos momentos contaba tan sólo con la belleza y la valentía de su sobrina y el tremendo remordimiento de conciencia. ¡Triunfa la Restauración! y junto a Veintemilla huyen hacia el Perú sus secuaces. Aparecen formando el Gobierno Provisional en primera instancia: José María Sarasti, José María Plácido Caamaño, Agustín Guerrero y Pedro Carbo, pentavirato que luego quedaría conformado de la siguiente manera: Pablo Herrera, Luís Cordero, Pedro Lizaraburo, Rafael Pérez Pareja y Agustín Guerrero. El diálogo político llevará a convocar a una nueva Asamblea Nacional que elegirá como Presidente de la República a José María Plácido Caamaño.

En este período don Juan escribe: "El Precursor del Regenerador", "El Regenerador No. 6" (septiembre de 1877). El 28 de septiembre de 1877 escribe: "El León de San Marcos" y en el mes de octubre aparece "El Regenerador No. 7". Para finalizar este año, don Juan escribe en el mes de diciembre "El Regenerador No. 8", luego escribirá (en enero de 1878) "El Regenerador No. 9" y el "Regenerador No. 10"; y en febrero aparecerá "El Regenerador No. 11".

Desde su retiro en Ambato y Baños, don Juan escribirá los artículos titulados: "La Candela" y "El Espectador"; todos ellos dirigidos a Veintemilla. En agosto de 1878, don Juan regresa a Quito, donde publica "El Regenerador No. 12" (26 de agosto de 1878), y también publica: "Desperezo del Regenerador", "La Nueva Invasión", "Vicente Piedrahita", "La Peor de las Revoluciones", y "Eloy Alfaro". El 18 de enero de 1879, aparece en Ambato "Los Grillos Perpetuos", para luego dar a la luz "El Sur de Colombia".

El 1 de septiembre de 1879, Montalvo abandona para siempre la tierra ecuatoriana. La tristeza pausada del viento comenzó a silbar entre las esquinas y las calles, con ese sonido ingenuo y monótono con que suelen terminar los ventarrones de verano; no parecía furioso, más bien entristecido, y se revolvió celoso en el vuelo de las campanas. La senda se perfiló muy delgada y alargada, mientras el claror de la mañana pintaba un color sangraza... despuntaba ya la aurora. Don Juan abandona por última vez su tierra; su Quito, su Ambato... para nunca más volver. Ya no volverá a ver nunca más el copioso azul del cielo ecuatoriano, los caminos esquivos, manumisos y petrosos. Ya no volverá a ver la figura maravillosa de sus montes, de sus ríos y nevados. Parece consternado el Tungurahua y el indócil Pichincha se ha encelado.

Montalvo llega nuevamente a Ipiales, la ciudad con la cual tenía mucha familiaridad. Parece que a mediados de 1880, Juan Montalvo rechazó una proposición de aspirar a la Presidencia de la República; sin embargo, no abandona la política sino que más bien viaja a

Tumaco, desde donde se prepara una insurrección armada encabezada por Eloy Alfaro. Desgraciadamente ésta fracasó por falta de medios económicos. Siendo el 17 de agosto de 1880, se edita en Ipiales "Imposturas no son política" y en este mismo año comienza a circular en Panamá "Las Catilnarias". Cuando Montalvo escribe las Catilnarias, viene a su memoria el pérfido y antiguo lugarteniente de Sila: Lucio Sergio Catilina, cuyas malignas intenciones lo llevaron a tramar una conspiración que atentaba contra la existencia de los Cónsules de la República. Surge la voz de Cicerón en cuatro discursos tildados de "Catilnarias": el primer discurso será la acusación a Catilina de atentar contra la República e invitarle a abandonar la ciudad; el segundo tiene la intención de alentar al pueblo contra el peligro que representan los conjurados que aún quedan; el tercer discurso es aquel en que promete al Senado dar el nombre de los conjurados; y en el cuarto cumple su promesa. Todos estos discursos tienen dos características principales: la belleza de la expresión y la profundidad de las ideas. Don Juan Montalvo también quiere desenmascarar a Veintemilla que atenta contra la democracia y comete atropellos; y es así como escribe doce capítulos que los publica independientemente y los reúne bajo el título de "Las Catilnarias" (1880-81). Su intención es tratar de frenar y ridiculizar los abusos de Veintemilla, y en sí su lucha no es sólo contra la tiranía de Veintemilla, sino que su profundo espíritu cosmopolita hace de sus escritos un ejemplo de lucha contra todas las tiranías del mundo. En el gobierno de Veintemilla fueron protagonistas la barbarie, la injusticia, la inmoralidad; características que encontrarán su eco en la injuria, la ironía y el sarcasmo de la pluma de Montalvo. Pero estos doce capítulos no tienen el vicio de caer en el insulto apasionado y burdo, sino más bien en la agradable maestría que Montalvo ostenta al usar en la forma más bella, los recursos que brinda el idioma y una no menos brillante cultura resaltada en pensamientos. Así don Juan ridiculiza, enseña, denuncia, previene, alaba e insulta hasta llegar a la saciedad: "Memento Sardanapali"... "Acuérdate de Sardanápalo: sí, no le olvidemos. A la una de la tarde aún no se ha levantado Ignacio de Veintemilla; levántase a las dos, con lo cual da a conocer que ha pulido su educación. En París se levantaba a las tres, ni un minuto antes; salía a las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvía a las cuatro de la mañana, se echaba y que se hunda el globo terrestre. A las doce del día saca la cabeza por entre las cortinas: mal dispuesto aún, los ojos estaban envueltos en una capa de pereza: el pelo caído hacia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un buey desollado. Abre la boca; de ella sale como una voz humana: pide su pienso, come pan sobre pan; manteca, mantequilla, con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. He ahí que cae sobre la almohada nuevamente: labios, dientes sucios: ya está roncando, abiertas las mandíbulas que son la ratonera de la casa. Así el caimán se huelga a orillas del Orinoco en los bancos de la tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos a arrancar las tiras de carne que le han quedado en la dentadura"... "Llorad ecuatorianos, se va, derretíos en lágrimas, se fue. Los esquilmos de vuestras haciendas estarán seguros, las alhajas de vuestras hijas no correrán peligro, la vajilla yacerá en su alacena: llorad estudiantes, jóvenes que ansiáis por ilustraros, llorad. Se va don Alfonso el Sabio, se va el Albusense: llorad. Se va Tritemio, se va Santo Tomás de Aquino. Poetas, se va Mecenas, se va Augusto, llorad. Se va Cristina de Suecia, se va Luis XIV... ¿Qué llanto deplorable es ese que inunda los ámbitos de la Nación? Lloran los hombres, lloran las mujeres; lloran los civiles, lloran los eclesiásticos: se fue... No lloran porque se va, sino porque no se quiere ir ni morir el bruto: lloran los cobardes, cuando lo que deben hacer es alzar el brazo y dar al través con ese malvado tan sin fuerza contra un pueblo pundonoroso y valiente".

El 3 de Marzo de 1881, aparece en Ipiales un escrito de Montalvo, que lo titula: "El Pasquín". Luego se embarca con rumbo a Europa en este mismo año (1881), en el tercero y último de sus viajes. Pronto llega a Francia, a la misma Francia que había visto florecer la máxima cultura del siglo; la Francia que se talló con la invasión de los galos; la Francia que venía desde Vercingetórax; las invasiones germánicas; el asiento de los visigodos en Aquitania;

Clodoveo, Dagoberto, etc. Era la Francia de Richerlieu, de Choiseul, de Napoleón, de Robespierre, de Adolphe Thiers, de Patrice MacMahon, de Jules Grévy. Aquí Montalvo empieza a perfilar en su mente la que sería su obra capital: "Los Siete Tratados".

## LOS SIETE TRATADOS Y EL PENSAMIENTO MONTALVINO

"Los Siete Tratados" constituye la obra capital de Montalvo. En estos escritos nos da una orientación crítica, apasionada, correctora y moralista; a veces llega a extremos utópicos, pero jamás deja de darnos el consejo pragmático y ejemplar. Aquí encontramos al Montalvo inconforme, perfeccionista, pensador y polemista por excelencia. sta obra está dividida en los siguientes capítulos: "De la nobleza", "De la belleza del Género Humano", "Réplica a un Sofista Seudo Católico", "Del Genio", "Los Héroes de la Emancipación Hispanoamericana", "Los Banquetes de los Filósofos", y "El Buscapié" (este último pasó a constituir el prólogo de "Los Capítulos que se le Olvidaron a Cervantes").

¿Qué es la nobleza para Montalvo? Para Montalvo la nobleza es virtud, sabiduría y talento. Noble es el talentoso hombre cuya magnanimidad espiritual le dota de una sencillez material. Es un hombre superior, agraciado por las virtudes, por la razón, por el valor. Montalvo acepta al género humano como heredero de un mismo origen (Adán y Eva; Pigmaleón y Pirra; o Mama Ocllo y Manco Cápac). Si descendemos de un supuesto mismo origen y un mismo lugar (Edén), ¿Será posible que una maldición nos diferencia en razas? Noé maldijo a sus hijos que se burlaron de su embriaguez. ¿Es justo que la maldición recayera sobre sus descendientes? Aquí estamos los descendientes de Sem, Cam y Jafet. "Sea en buena hora, dice Montalvo, salvo que todas las razas tienen sus malditos: a buen seguro que el infinito está rebozado en hijos de Sem, Cam y Jafet, todo revuelto". Montalvo acepta la diferencia de razas como producto del medio ambiente en el que han habitado por los siglos, y que no podemos equiparar la estética y talento de los habitantes de Georgia, Circacia y Mingrelia (habitantes de las faldas del Cáucaso), con respecto a los tártaros. "La razón de todas las cosas es el clima" como dijera Mostesquieu. Montalvo dirá: "Un cafre es respecto a Platón más inferior que un orangután respecto a un cafre". "Platón es casi un Dios, el salvaje casi un bruto; y uno y otro cuentan el propio origen. Quisiera yo saber si ese filósofo divino reconocía su familiaridad con el tropinambúe, y si su árbol genealógico se coronaba con un horrible mono".

Cree que la nobleza tiene un origen justificado: "En ese entonces los hombres ganaban la nobleza por las virtudes" y ejemplarizando a Nemrod (el más fuerte cazador de hombres) quien intentó por primera vez volverse rey y uncir a sus semejantes al yugo de la esclavitud, dirá: "Por lo tanto la nobleza tiene su origen noble, como que ha nacido del talento y del valor". De esta diferencia cualitativa (virtudes) que lógicamente implicó una diferencia cuantitativa (recursos) nace la nobleza y el pueblo común. Montalvo piensa que la nobleza sale de la plebe y vuelve a ella. "Cuántos descendientes de reyes componen hoy la hez del pueblo en las naciones de la tierra. Se interroga, y luego responde que muchos, y es nada más ni nada menos porque han perdido las virtudes necesarias para construir la nobleza". ¿Y qué es la virtud para Montalvo? "Virtud, dice, es persona de gran talla en cuyo rostro brillan los caracteres de la divinidad y anda por lugares inocentes, llena de majestuoso silencio". "La soberbia es quizá la única pasión estéril: nunca da frutos saludables". "Los hombres deben tener por nobleza el cultivo de la inteligencia y por orgullo la práctica de las virtudes". Su privilegiada erudición le llevará pronto a ejemplarizar a muchos plebeyos cuyas actitudes sobresalientes y talento les condujo a la nobleza, así por ejemplo: Temístocles el héroe de Salamina; Camilo, el gran desterrado de Roma, que al alejarse de ella no maldice como algún otro ciudadano lo hiciera: "Patria ingrata no heredarás mis huesos", sino que más bien la bendice. Cree que Homero y Camoens, pese a su pobreza serán considerados nobles; igual Gladstone y Thiers. Se declara gran admirador de la

nobleza británica, respecto a la cual dice: "Si hay en el mundo una nación aristocrática es la Gran Bretaña".

Siendo Montalvo un gran admirador del estoicismo, del sacrificio y de la perseverancia, en "La Flor de la Nieve" nos traerá a colación el sacrificio de un hombre perseverante, noble por su esfuerzo y espíritu de progreso. Es Anthoskoff, un naturalista ruso que viaja a la Siberia Septentrional. Allí no habita el hombre (animal de todos los climas), no habitan ni los groenlandeses salvajes ni los kampchadals helados. Es un lugar gélido y solitario en donde no podríamos imaginar bosques, en los cuales faunos y silvanos persigan a las ninfas; ni siquiera hay "la paja silvadora", "el frailejón solitario de nuestros páramos". Allí no hay sino cuatro meses al año y la noche es de dos mil quinientas horas. "En la mansión helada de la muerte no está Dios, dice Montalvo; porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En Siberia Septentrional no está Dios". Anthoskoff, luego de largos y penosos viajes por las montañas rifeas, había llegado a Siberia. Encuentra un jardín real y positivo: "los tallos erguidos a un metro de altura sustenta cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cientos son estambres, mil diamantes están brillando en sus extremos, diamantes como cabeza de alfiler, donde se mete el iris achicado adrede, en culebritas como espíritus casi invisibles". Al topar Anthoskoff a una de esas azucenas fantásticas, un polvo luminoso cae debajo de su mano y lo guarda. Cuando vuelve al otro día, esas azucenas fantásticas habían desaparecido. Esta flor de nieve no se produce espontáneamente sino en Siberia Septentrional: rompe el hielo el primer día del año, vive dos días más y muere para doce meses. Anthoskoff, volvió alborozado a San Petersburgo y demostró su descubrimiento al Emperador y a la Academia de Ciencias. "Mirad, dice Montalvo, si una rústica flor de la Siberia, no ennoblece tanto como la rosa de oro del Vaticano, o como el toisón que condecora a los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff, hombre de humilde origen es hoy Conde de Anthoskoff: sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del Imperio".

Montalvo piensa que la grandeza es la meta de un espíritu noble. Esa pasión por el progreso, por descubrir los secretos de la naturaleza. Admira a Arquímedes que se dejó matar por no distraer su espíritu de un problema que estaba a punto de resolver. Ejemplariza a dos científicos, cuya amistad no queda a la zaga de Píldes y Orestes, y que adquirieron un rencor a muerte en disputa de un insecto llamado Aimatocare, cuya existencia no se registraba en las calificaciones científicas de Linneo, Cuvier o Buffon. Venera a Tasso, quien anduvo fuera de sí, medio loco, porque imaginó que su poema iba a salir a luz con un nombre distinto al suyo. "La verdadera nobleza es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupción, no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla es negadéz; enturbiarla con una acción ignominiosa irreparable desgracia". "La nobleza es prenda sujeta al vaivén de las cosas, prenda que puede ser adquirida y se la puede perder por el mismo caso". "No hay más nobleza que la de las virtudes".

Respecto a la nobleza en Latinoamérica, don Juan piensa lo siguiente: "Chapetones: chapetones son estos mestizos que fincan su nobleza en la ignorancia, y se prevalen del dinero para apellidar aristocracia, olvidando la cuarta que tiene en las venas. El "de" y el "de la", eslabones con que algunos ilusos han esclavizado su nombre a su apelativo, no indica sino la vanidad de esos inhábiles. Vulcanos: la red con la que el dios cojo pilló a Marte era más fina. Los grandes de primera clase se llamaban en España Juan Enríquez, Silva Mendoza y Sarmiento; duques de Medina y marqueses de Rivadeo; se llamaban y se llaman Pedro Girón, Angel Saavedra, Juan Prim, sin "de" ni "de la" que los aplebeya por el vanistorio, los Moncadas y Requesenes, los Rebellas y Villanovares... tenían en la cuna lo necesario para no pedir al "de" la pureza de sangre que acaso les faltaba a los que por ahí lo tienen garrafiñado... "Borbones, Borbones de las Indias... Barbones, cuanto quieran: Hudibrás fue barbón; a Melgarejo, canalla de origen desconocido, le he visto retratado con barbas de zoilo; Lucifer peina unas rucias

formidables... "Barbones de las Indias, ah Barbones... Como fueron sus ascendientes así son ellos, si enemigos del saber, si extraños a las virtudes. Sin luz ni amor, sino con el orgullo quieren regirlo todo. Andar, son hombres y llenos de flaqueza".

Cuando Montalvo habla acerca de la belleza, de ésta dirá: "La verdadera belleza radica en el espíritu". Cree que Sócrates ha pasado a la historia tanto por su belleza de espíritu como por su fiereza material; pero a ese hombre feo, don Juan le llama: "El más bello de los hombres". Esopo no se queda a la zaga: "Príncipe de los gibosos, dechado, y prototipo de esos calabacinos de testa y badea de coyote". Piensa que la belleza es un género que atraviesa por todas las edades y formas. Es bello el niño, el adolescente y el anciano. Es bella la línea recta, la sinuosa, la quebrada. En ella están todos los colores complacientes y todas las cosas materiales y espirituales que nos apetecen. La belleza está en todo lugar y circunstancia, está en la pobreza y riqueza, en lo presente y lo ausente, en lo bueno e intangible, en todos los lugares. "La belleza, dice Montalvo, no la busquéis en la arena de Atenas ni de Esparta, donde luchan hombres desnudos embarrados de aceite; buscadla en el taller de Xeuxis: allí están Lais, Phrine, Mneserate, Flora, Gnathemión, Glicere, ofreciendo al divino artista las divinas formas, que de todas ellas tome lo más cumplido y ponga el bello ideal de la hermosura". Montalvo conceptúa a la juventud como un estado de belleza natural, sin embargo, enfatiza que ella también está presente en la niñez y en la vejez; así rememora a los talóforos o sacerdotes de Minerva que eran considerados como los ancianos más bellos del Ática; o a Termosiris, patriarca de la ley gentilicia que era símbolo de la belleza antigua. A Domicio (Nerón) que cuando niño era tan bello que su nodriza Ecloge, no podía llegar a su casa puesto que las matronas romanas lo detenían para admirar la belleza del niño; mientras tanto, su padre Aenobardo exclamaba: "De Agripina y de mí no puede haber nacido sino un monstruo".

Montalvo admira a Atenaís, mujer virtuosa que haciendo gala de su belleza, subiría al trono luego de haber vivido en la pobreza (Constantinopla la admiró junto a Teodosio); a Zizi, quien ganaría el primer premio de los hechizos prevenidos por Zofi; a Dalis que se enorgullecía de tener un gran parecido con Diana. A Nardina, quien trataría de ganar inútilmente el corazón de Raddin Ined; y así por el estilo a Berenice, Zoraya, Morna... En conclusión, Montalvo refiriéndose a la belleza diría: "La belleza tiene mil caras, prisma es que fulgura por donde la miramos, si el sol está dando en élla". Pero también don Juan nos habla de la belleza infausta como la de Hermione, Helena y Clytemnestra. Del daño que causó Fedra a Pufitar; de Medea siguiendo a su amante sin ninguna vergüenza; Galvina aprovechándose del amor de Conal; Fainis Ollis, hija del rey de Craca causándole problemas; Gelchosa haciendo de Lamdarg un hombre sumiso.

Cuando Montalvo llega al tema de la vejez, con una profunda reflexión dirá: "Los viejos viven, aman y son felices de memoria: su mundo ha pasado, pero como los astros en sus órbitas, no se pierden y vuelven a sus ojos cada día, y están girando sobre su cabeza para consuelo de sus corazones y gloria de su vida... dejadlos pobres viejos, personas venerables que descansan en la fría atmósfera, donde los ha metido el tiempo". Y luego nos hablará de la felicidad diciendo: "Felicidad sin amor, no hay alma seca y helada que imagine: preponderancia, honores, tesoros, salud, fama, todo va a dar al centro de la felicidad única que es el amor". "Belleza convertida en bondad es mirada de Dios que dejando de iluminar el rostro se mete para adentro a calentar el alma".

En "Réplica a un Sofista Seudocatólico" nos hace una apología de la virtud. Cree que Sócrates es la virtud misma: cuerdo, benigno, humilde, suave; asevera que Jesucristo predicó después, lo que Sócrates practicó antes. No cree en las palabras ligeras de San Jerónimo, quien desaprensivamente se atreve a afirmar: "¡Ay de ti Aristóteles! que eres alabado donde no estás que es el mundo y eres atormentado donde estás, que es el infierno". ¿Y de dónde saca San Jerónimo que Aristóteles está en el infierno? "Para Santo Tomás, este filósofo estaba en el

cielo...". No está de acuerdo con actos fanáticos y tendenciosos como el intento de quemar vivo a Esteban Dolet por traducir las obras de Platón; y el destierro de Ramus acusado de pensar del mismo modo que el Filósofo. Asegura que Sócrates y Jesús poseen similitudes innegables: son humildes, viven una vida pobre, laboriosa, bienhechora; los dos poseen discípulos; los dos son denunciados, acusados y perseguidos; y por último, mueren en manos de aquellos a quienes querían salvar. Cree que la caridad en sí misma es virtud, como lo profesaron: Santo Bruno y Santa Teresa, no como algunos la han tratado de profesar: con pago de diezmos y primicias y sin cumplimiento de preceptos; con ayuno de manjares y no de aborrecimientos, egoísmo y difamación: "Hipócritas, dice, hijos menores de Satanás, tenéis fe no en la doctrina de Jesús, que es amor, compasión y fraternidad, sino en la vuestra que es odio, fiereza y persecución. No sabéis que Dios no quiere la muerte del pecador, sino su vida y allá le está esperando con la salud eterna... Virtud es virtud en todo tiempo y lugar". Concuera con San Pablo al afirmar que el dinero haría perder la fe a muchos cristianos y los volvería corruptos: "Tesoros no hacen gloria, afirma Montalvo, riquezas adquiridas con el sudor de la frente y sin avaricia ¿por qué no? La virtud no es solamente hija de la religión". Montalvo se convierte en defensor de los paganos virtuosos que trata de condenar la Iglesia como: Sócrates, Carnéades, Plutarco, Platón, Apuleyo Rústico. Refiriéndose a los curas que tratan de desvirtuarlos dira: "No soy jacobita, pero de buena gana echara una piedra en el sepulcro de esos mutiladores de la Divinidad, que la recortan y amenguan de suerte que bien cupiera en una pagoda de la India. Prurito de ellos es hacer pasar por herejes a los que no son, como si eso no fuera faltar a la caridad, romper la ley, ser impíos ellos mismos".

En su afán moralizador de la mentalidad clerical, Montalvo haría un derroche de genuina cultura; una cultura que refleja su bien cimentada formación humanística y la madurez de sus conceptos. Los ejemplos que da de la virtud y fe religiosa profesada por el antiguo mundo romano es una clara evidencia de su repudio a las prácticas religiosas mal llevadas de su tiempo; un repudio al clero engolosinado de dinero y corrompido en los más elementales principios. Piensa que la cultura helenística-romana cumplía con la primera virtud religiosa: el amor y el temor que debe haber hacia un dios o dioses. Así por ejemplo, cuando Alcibíades, el hermoso y valeroso ídolo del pueblo griego, mutiló a los hermanos sacrosantos o estatuas de los dioses luego de una orgía, debió huir el réprobo, puesto que todos los atenienses lo habían condenado. Cuando los galos tomaron la ciudad de Roma y Camilo Furio estaba en el destierro, hay un hombre llamado Cayo Fabio Dorso, quien desafiando a la muerte viste su traje sacerdotal "toma las insigneas de Roma y con paso firme echa a andar hacia el monte Quirinal, donde su familia tenía fundado un sacrificio"; consumado el sacrificio, el joven sacerdote vuelve, cruza el campo enemigo y entra ileso al Capitolio. He ahí el amor ciego a los dioses. Por el amor a la patria, Curcio se lanzó al abismo que estaba abierto al pie del templo de la paz, porque el Oráculo había predestinado grandes males para su patria si no lo hacía. Los trescientos fabios fueron degollados a orillas del Cremera; tres decios fueron sacrificados a la patria. Además resalta la virtud que era un lema de los griegos: nunca anteponían lo útil a lo honesto, lo incorrecto a lo beneficioso; Aristides rechazó a Temístocles cuando éste pretendía meter fuego a la escuadra Lacedemonia fondeada en el Pireo. Cayo Fabricio, pálido de cólera hace maniatar al médico de Pirro y lo envía al príncipe conquistador por haber propuesto el envenenamiento a un general enemigo. Montalvo ama estas acciones idealistas, porque él mismo vivió en un mundo idealista y fue un amante servidor de él.

Contradictoriamente nuestros curas ya no practicaban la virtud, sino más bien un ambición desmedida indigna de la religión: "El Señor de los Desamparados era probablemente un clérigo podrido en plata, de los que ahuyentan con los perros a los pobres que se asoman por sus umbrales, o un cura de esos que amenazan con negar la sepultura a un cadáver, si no le dan cien pesos para los dijes de su barragana... Desamparados, para la cera del Santísimo, para las



ánimas benditas del purgatorio, todo es para el cura, ese hombre sin corazón que come la gallina y le niega al mendigo hasta los huesos; que bebe de lo caro y no tiene en el corredor una tinaja adonde el sediento llegue a humedecer los labios". Pero luego se pregunta: ¿Para qué el clero necesitaba tanta riqueza? Tiberio Graco fue asignado por el senado un diario de cinco dineros, con lo cual podía vivir, puesto que él necesitaba sólo lo estrictamente necesario, y lo necesario para ellos era tan poco "que podían vivir a costa de nada". Que ideal hubiera sido tener la fe de Fabricio y el desinterés de Curio; ese desinterés del Senado Romano, el cual al imponer un tributo, primero se lo imponía él. Otro de los motivos que apartaba a Montalvo de los curas era la mentalidad retrógrada de éstos. ¿Cuál era la causa para que el concilio de Cártago prohibiera la lectura de los autores anteriores al cristianismo? Montalvo responde y dice: "Esos ministros condecorados de la Iglesia no debían tener conocimiento del Fedón, de Platón, ni del Edipo Rey, de Sófocles; ni del libro de los Deberes de Cicerón... Gregorio I, andando el hacha al hombro por la ciudad de Roma, sin que nada quedase en pie, ante ese furioso demoledor, os ha dejado un gran ejemplo: estatuas, pórticos, bibliotecas, todo cae hecho polvo ante ese santo fundador de la civilización cristiana". Hombres como Gregorio deben saber que esa Roma antigua se ha engalanado de virtuosos como: Los curcios, decios, escipiones, lucrecias, cornelias, veturias y bolumnias. También le acusa al clero de obstruir la libertad: "Libertad de pensar es libertad de formar conceptos u opiniones, y este santo derecho es mortal para la fe: vuestro gran principio es la fe, el anonadamiento de la razón; luego no trabajáis por el imperio de esa libertad, sino por su ruina y olvido. La libertad de raciocinio va directamente a la libertad de conciencia... no mandarías a empellones al infierno a los que se toman la libertad de pensar; no fulminaríais excomuniones ni echaríais maldiciones sobre los que piensan como filósofos y obran como sensatos. Secta mezquina y tiránica para la cual están prohibidas la historia, la filosofía y aún las artes explayadas en los mejores libros de nuestros tiempos".

Cabe anotar que una de las razones por las cuales Montalvo tenía cierta aversión al clero, era por una de sus vivencias en Baños, cuando un cura párroco, en un acto de fanatismo e impertinencia, cometió un desaire contra su familia. Pues el cura Vicente Viteri, se negó a dar la absolución de los pecados de Carlos Montalvo; murió sin la absolución, por no testamentar antes de confesarse. Por eso don Juan diría: "Todos los verdugos que a nombre de Dios flagelaron al hombre, aquellos que se fueron al sepulcro sin padecer dolor ni sufrimiento alguno; justo tendrán en la otra vida su respectivo pago a sus maldades. Suplicios como el de Ticio, cuyo hígado sirve de comida a un buitres inmortal; como Ixión, que da vueltas eternamente en una rueda espantosa; como Sísifo a cuestras sin llegar nunca a la Cima". Parece que el cura Vicente Viteri deseaba que Carlos Montalvo legara una herencia a la Iglesia. Sirvió pues la oportunidad para que Montalvo exalte a los desvirtuados, pese a que mucho antes ya los había criticado por sus actitudes contrarias a la verdadera fe cristiana. Pero Montalvo también fue un enamorado, un platónico obsesionado por la exquisitez de ciertas mujeres, que a más de llenar su espíritu complementaron sus ideas. Ama a Porcia, mujer de Marco Bruto, cuyo valor le lleva a tomar un cuchillo y abrirse una herida en el muslo. ¿Qué haces Porcia? Pregunta su marido aterrado, y ella responde tajantemente: ¡"Para que veas con cuánta felicidad me diera yo muerte, si tuviera la desgracia de perderte!". (Marco Bruto se vio obligado a incluirla en la conspiración contra Julio César). Ama a Arria, la mujer de Cecina Peto, la cual viendo a su marido temeroso toma el cuchillo y se clava en su seno, se saca chorreando sangre, y con divina sonrisa exclama: "Praete, non dolet" (Peto no duele); Peto avergonzado, toma el cuchillo y cumple con su deber. Ama a Vestilia, esposa de Titideo Labeón; ama a Veturia, Cecilia, Metela, Tulia; así como menosprecia la acción de la esposa de Catón Censorino, la cual delata las confidencias de su esposo, y también lamenta la circunstancia biológica que lleva a Carvillo Ruga a separarse de su mujer. Montalvo ama la lealtad de Quelonisa, hija de Leonidas, pues cuando su esposo Cleombroto destronó a su padre, ella le acompaña en su destierro; y cuando Leonidas recupera el trono y

destierra a su yerno, ella siente la obligación de seguir a su esposo al destierro. Ama a la virtuosa Lucrecia, mujer de Colatino y seguidora de la escuela de Hegecías (escuela que tenía por virtud el suicidio). "En esa época, decía Montalvo, acostumbraban matarse por causas leves, que parecían que se mataban no más por matarse". Midas se mató por superstición al escuchar el ladrido de un braco; Aristodemo porque tuvo un sueño triste; Lucio Aruncio se quitó la vida por huir del pasado y del futuro. Granio Silvano y Estadio Próximo, por no aceptar la gracia del perverso Nerón. Así Montalvo se convierte en el gran defensor de las civilizaciones pasadas, condenas por el criterio retrógrado de la Iglesia y su actitud negativa frente a estas. Piensa que si existe un infierno o un cielo, éste no puede buscar religiones para albergar en su seno a un hombre, sino que debe buscar sus virtudes (máxima expresión del alma). "Las almas de los escépticos y pirrónicos, no pueden haber permanecido mil años en el aire esperando la fundación de nuestro Imperio. A él nos vamos emperadores cargados de riquezas, de soberbia y de sangre; a él los guerreros hartos de victorias y laureles, hartos de lágrimas sin compasión ni remedio; a él los sabios falibles, pseudo-sabios que propagan absurdos y enseñan equivocaciones; a él los hombres de estado que provocan las guerras, esquilman a los pueblos y echan a perder la república por ineptitud o por malicia. Qué lugares ha de haber para los gentiles en nuestro infierno. A él nos vamos letrados vanidosos, los escritores maliciosos y tontos; a él las señoras gordas de pecados, las señoritas afeitadas de alma y cuerpo, las maduras impertinentes, jurisconsultos, escribanos, tiranuelos, esbirros, frailes, clérigos y monjas, muchos son entre nosotros para que haya vacantes en el infierno, de ofrecer a los pecadores del gentilismo".

Otro tratado de Montalvo versa sobre el genio (*ingenium*). Aquí no puede faltar la presencia de Bolívar cuando diserta sobre éste. Admira tanto a Washington como a Bolívar. Con pluma sobria, fecunda y esplendorosa dirá sobre Bolívar: "Guerrero, escritor, orador, todo lo fue Bolívar y de primera línea... En qué cede a los grandes hombres de lo antiguo. En que es menor con veinte siglos... Qué será de Bolívar cuando sus hazañas, pasando de gente en gente, autorizadas con el prestigio de los siglos, lleguen a los que han de vivir de aquí a mil años... Los enemigos de Bolívar desaparecen de día en día sin dejar herederos de sus odios: Dentro de mil años, su figura será mayor y más resplandeciente que la de Julio César, héroe casi fabuloso, abultado con la fama ungido por los siglos". Bolívar es el audaz general, el político honesto; el inquebrantable luchador, el magnánimo ciudadano. Corría por sus venas la inconfundible sangre vascuence, a veces orgullosa y a veces sensitiva: rebelde, encendida de pasiones, pero siempre la más noble de la criollaría. Fue compañero del dolor y muy amigo de la tristeza. La vida le había enseñado el costo de su grandeza. Pequeño de estatura, arrogante, vivaz, tempranamente viudo. Fue proscrito, dictador, libertador, escritor político; endureció su temple en Araguá (1814) y cuántas veces más, pero su pensamiento encontró eco en Angostura y su esfuerzo se alivió con los laureles de Boyacá, Carabobo, Pichincha, Ayacucho y Junín. Aún la historia guarda en sus arcas secretas las palabras de Bolívar y San Martín en Guayaquil; y no se puede aún establecer las intenciones que guardaba Bolívar luego de dimitir al poder. Cosechó sólo ingratitud, la justa moneda con que suelen pagar los viles a quienes les brindan favores. Y murió Bolívar como mueren los grandes hombres: solos en su apremio, incomprensidos, vilipendiados y no pocas veces menospreciados.

Washington es el terrateniente educado en las más finas maneras y siempre cortesano. Mount Vernon lo vio vivir de acuerdo a su abolengo, en sociedad; jamás privado de algo, más bien bienaventurado. La égida de Fairfax lo enrumbo en su carrera, y para relieves su figura pronto intervendría en la repartición de las tierras incultas en Shenandoat. Washington se distingue por su lealtad a Braddock, y muy pronto demostrará su capacidad de gran comandante en la retirada de Duquesne. Virginia lo idolatra y es amado y dichoso con Martha Dandridge. Cuando Montalvo habla de Washington y Bolívar dice: "Entre Washington y Bolívar hay en común la identidad de fines, siendo así que el anhelo de cada uno se cifra en la libertad de un

pueblo y el establecimiento de la democracia. En las dificultades sin medida que el uno tuvo que vencer, y la holgura con que el otro vio coronarse su obra, ahí está la diferencia de esos dos varones perillustres, ahí la superioridad del uno sobre el otro".

En cuanto a la condición del indio americano, Montalvo con profunda tristeza y compasión exclamará: "Si mi pluma tuviera don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado "El Indio" y haría llorar al mundo... decirle a un negro: eres libre, y seguir vendiéndolo; decirle a un indio; eres libre y seguir oprimiéndole, es burlarse del cielo y de la tierra". Y en cuanto a la ciega que se profesaba, diría: "La fe es holgazana que vive sin trabajo; la duda la irrita, la investigación la mata. Respetamos los privilegios de esta soberana ciega y aún puede ser que en un vacío imperio, tenga su cuna la verdadera sabiduría". De la libertad de expresión dirá: "Oid esta palabra y pensadla bien, vosotros que la pronunciáis sin comprenderla o la comprendéis sin respetarla. Si habéis oído al ruiseñor, ya sabéis qué música divina fluye a torrentes de esa plateada garganta. Pero tomadle, ponedle en jaula de repente cuando soltaba la voz libre y sin recelo en el parque de Versalles, o en los bosques de la Alambra, y si os apura la cruel insensatez, liadle bien el pico con un entorchador. ¿Qué vendría a ser esta avecilla dulce y armoniosa, este divino instrumento con que la naturaleza se regala en sus soledades y melancolías? Un pedazo de materia inútil de ninguna clase". De la pureza del idioma, dirá: "La pureza del idioma, es requisito indispensable para la inmortalidad de las obras del ingenio. En América se habla americano, pero a mí me gusta hablar castizo y he leído y he escuchado". Parece que en El Espectador, quiso reivindicar el valor de los lenguajes aborígenes, tanto Quichua como Nahuatl: "Diera la mitad de mi escaso caudal de lengua castellana, por la mitad de la que hablaba Moctezuma en el trono de México, y la suave y graciosa en que los príncipes de Huayna-Cápac enamoraban a las hijas del sol". En cuanto a la vida dijo: "La vida es la guerra: cada día una batalla, cada acción ordinaria una acometida". Del idealismo: "El que no tiene algo de don Quijote, no merece el aprecio y el cariño de sus semejantes". De los tiranos: "Qué sería de los pueblos pequeños y desgraciados, si por desprecio a sus verdugos los dejásemos en sus garras sin tiempo ni esperanza". De la juventud: "Si algo he podido ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios: los viejos son materia inerte, los maduros son sesudos, los jóvenes mi elemento, los niños mi caudal. Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar al mundo". De la felicidad: "La felicidad es un préstamo, es pasajera y cuando se recuerda el bien perdido nos encontramos frente al mayor de los males... cuando sacuda los miembros que aprisionan esta vida, y rota su cárcel salga libre, he de volar a la eternidad y he de desaparecer en el océano de la luz infinita...". De su lucha: "No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos como el soldado de Lammenais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo... He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos malintencionados, he desollado ingratos y gracias a Dios, a justo título soy un monstruo. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil: pero yo no dejo mi piel, me la echo al hombro y como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en la vida, y destruye los ardores de esa inmensa llaga".

## **MERCURIAL ECLESIASTICA Y SUS ÚLTIMOS ESCRITOS**

En los años 1882 y 1883, se publica en Panamá la edición completa de "Las Catilinarias". El 7 de enero de 1883, se publica en París la obra titulada: "Azotes por Virtudes". Es en ese año cuando Montalvo visita Madrid y tiene la oportunidad de entablar amistad con Emilio Castelar,

Núñez de Arce y Ramón de Campoamor. José María Plácido Caamaño, que a la fecha se encontraba de presidente de la República, le ofrece un escaño de diputado a Juan Montalvo. La respuesta tajante es no, pues no desea inmiscuirse en política. Un año después, Ignacio Ordóñez (que se encontraba de arzobispo de Quito) prohíbe la lectura de "Los Siete Tratados"; situación poco favorable para Ordóñez puesto que don Juan responde a esta actitud con su famoso panfleto: "Mercurial Eclesiástica" que aparece editado en París, el año de 1884.

¿Pero qué había sucedido para que Montalvo en un desate de furia atente contra la Iglesia? ¿Qué había escrito Ignacio Ordóñez al referirse a los Siete Tratados de Montalvo? Es evidente que la crítica de Ignacio Ordóñez a "Los Siete Tratados" estaba orientada más a un sentido fanático, clerical, religioso y dogmático, antes que a una réplica fundamentada de los aspectos históricos, políticos o filosóficos. El odio clerical se extendió por todos los púlpitos, y se puede afirmar sin lugar a dudas que fue una bendición para Montalvo el no encontrarse en nuestra patria en esos días, ya que seguramente hubiera corrido la misma suerte que los héroes liberales arrastrados en enero de 1912.

El arzobispo Ordóñez dentro de los puntos en que fundamenta su rechazo, indica que: "Nuestros mayores, en tiempos mejores que los nuestros, no tenían que lamentar sino los pecados en que la malicia y la frugalidad humana los habían hecho caer, y como conservaban viva la fe, se volvían a Dios de veras, su arrepentimiento era sincero y su conversión verdadera... porque la palabra del sacerdote es tan poderosa en los campos, donde la escuchan los pobres y los sencillos. Los pobres y los sencillos tienen la dicha imponderable de conservar viva la fe... ¿Queréis saber cuáles son las señales de la pérdida de la fe? Esa sed, esa ansia de los bienes puramente temporales: ese deseo, esa inquietud por alcanzarlos; ese desconuelo, esa desesperación una vez perdidos, ved ahí una señal de que se ha apagado la fe... el teatro causa lamentablemente daño en las buenas costumbres, y por esto no concurren jamás a él quienes saben apreciar en lo que vale la virtud y la inocencia... Quiénes son sino los héroes de las novelas. Quiénes sino los adúlteros y los asesinos... Con las malas lecturas se va perdiendo poco a poco la fe en la religión, la vergüenza y hasta el mismo pudor natural... en verdad venerables hermanos y queridos hijos, el autor de "Los Siete Tratados", ha llenado nuestra alma de amargura y nos ha causado profunda tristeza, porque se manifiesta muy a las claras enemigo, no solamente del clero, sino de la Iglesia Católica Apostólica y Romana... condenamos esa obra, por que en ella el escritor acusa de error a la Iglesia Católica, y reprueba el culto a las sagradas imágenes... condenamos esa obra, porque en ella habla el autor de la eternidad de las penas del infierno de una manera tal, que da a entender muy a las claras que no cree en ese dogma, o hace como si lo creyese, burlándose de él... condenamos esa obra, porque la lectura de ella no puede menos que causar grave daño en la honestidad de las costumbres... el escritor dobla la rodilla ante nuestro adorable Redentor, pero es para darle sacrílegas bofetadas en su rostro divino... el desgraciado escritor nos ha regalado pues en sus "Siete Tratados" una nidada de víboras en cestillo cubierto de flores... Hojalá Dios nuestro Señor se digne concederle la gracia, que tanto necesita para reparar los daños que ha causado con su pluma. Gracia de la cual el escritor tiene tanto mayor necesidad, cuanto menos conoce la desnudez y la pobreza de su alma... ha llegado la ocasión de levantar enérgicamente nuestra voz para condenar un escrito, que merece la reprobación de todo buen católico, de todo el que ame de veras a la Iglesia... alzando alto nuestra voz llamaremos a las tinieblas, tinieblas; a la blasfemia, blasfemia; porque solamente tenemos dos cosas: el juicio de Dios y las alabanzas de los perversos... el tiempo de Cuaresma es tiempo saludable venerables y queridos hijos; tiempo de salvación: no lo dejemos pasar en vano para nuestras almas... finalmente parar dar gracias a Dios Nuestro Señor por los muchos beneficios que tan misericordiosamente se ha dignado conceder en estos últimos meses a nuestra República, ordenamos y mandamos que desde la primer dominica de Cuaresma hasta la dominica de Pasión, todos los sacerdotes de nuestra Arquidiócesis, recen en la Santa Misa la

oración Pro-gratiarum actione... esta pastoral se leerá en todas las iglesias de la Capital y de las parroquias el día domingo, cuando hubiera mayor concurso de gente... dado en el Palacio Arzobispal de Quito a los diez y nueve días de Febrero de 1884".

Montalvo al leer esta pastoral, donde prima la beligerancia oscurantista, levanta su pluma sañuda, y todos los conceptos emitidos por Ordóñez, van a dar en una talega de furor: "El sabio me consuela, dice Montalvo, el virtuoso me salva: el ignorante procura afligirme, el vicioso me condena... Ignacio Ordóñez, impío por ignorancia, temerario por corrupción, me condena". Luego, Montalvo cree que es obligación suya aclarar todos los conceptos mal interpretados por la Iglesia, y es así como va aclarando punto por punto las retaliaciones de Ordóñez. Es o no es suma iniquidad el abuso del clero que a nombre de Dios (situación por la cual España degolló ochocientos frailes abusivos y desvirtuados), o las consignas clericales de: "Los moros al desierto, judíos al mar, los cristianos mismo, los mejores cristianos sabios, descubridores y santos verdaderos al tormento". En la jornada de San Bartolomé, un cura aconseja a Catalina de Médicis, y ésta a su vez aconseja a Carlos IX. ¡Cuántos degüellos! Cien mil personas (veinte mil familias) sufren la proscripción, porque Luis XIV revoca el Edicto de Nantes que mal aconsejó Madame Maintenón (lógicamente que a ella la aconsejó un cura). ¿Sería aceptable el ultramontanismo, cuya característica principal ha sido una vasta servidumbre? Los curas han aconsejado la "saludable mortificación" del ayuno en cuaresma ¿Se puede pregonar ayuno, cuando ellos están reventando de gordos y los indios rompiéndose de flacos? Montalvo decía: "Yo dudo mucho que alguien pueda desprenderlos de la tierra, y menos levantarnos hasta el cielo, o no ser que los pongan a horcajadas en la yegua blanca de Mahoma". Torquemada es ocho mil veces inicuo y ocho mil veces asesino, y no conformándose con eso, mandó quemar seis mil cadáveres que ya en nada molestaban. Esta manera de matar nunca practicaron ni paganos, ni judíos, ni pueblos salvajes y olvidados. "A la confesión, decía Montalvo, le llevan amarrado al indio, y cuando le han confesado, el cura le quita un real. Si falta a la doctrina, le dan de azotes: qué triunfo de oradores sagrados". Culpar al teatro, a la novela, de ser causantes de la pérdida de fe y de virtudes ¡Ignorancia suma!: "Est Imitatio Vitae, Speculum Consuetudinis, Imago Veritalis" había manifestado Cicerón del teatro; lo que quería decir: "Es la comedia espejo de la vida; su fin mostrar los vicios y virtudes, para vivir con orden y medida.

Es evidente que Ordóñez jamás se dio el trabajo de leer: "La soberbia en Ajax; el adulterio en Clitemnestra; el incesto en Fedra; Antígona por el amor filial; Andrómaca por el conyugal; Hipólito por la continencia y el pudor". Y que nunca entendió, que si bien el teatro interpretaba situaciones de la vida real, también se encargaba de condenar los vicios de los hombres, o en su defecto resaltar sus virtudes. Juan Tenorio ha sido castigado por su libertinaje; Tartufo por su hipocresía; Harpagón por su avaricia... Buenos católicos han sido grandes escritores, sin que con esto ofendan de ninguna manera a la virtud o al pudor: Manuel Tamayo Baus (La Comedia Nueva), Aurelio Fernández Guerra (Alonso Cano), Marcelino Menéndez y Pelayo, Beaumarchais (El Matrimonio de Fígaro), Bernardino de Saint - Pierre, Aubry, Ludovico, Halevy, Gil Blas, Diego Hurtado de Mendoza. Montalvo al respecto le dice: "No, no es su parecer, no es más que su ignorancia: lego atrevido y grosero, que cae en la impiedad por falta de conocimientos históricos y literarios, y que calumnia a los varones ínclitos que están gozando de respeto del género humano a lo largo de los tiempos". Montalvo ama a los clérigos virtuosos como: Dupanloup, obispo de Orleans; a Guibert, arzobispo de París; a Fenelón, a Massillón, al padre Lacordaire, al padre Ventura de Raúlca. "No soy enemigo del clero: los fanáticos me infunden miedo, los ignorantes lástima, los perversos odio, los corrompidos desprecio: a Ignacio Ordóñez no le pudo querer ni estimar; es hombre malo, muy malo; de tristes antecedentes, y si no hay quien le vaya a la mano, de turbias esperanzas...¡Dios nos ampare! yo temo menos la espada o la pistola del enemigo militar que los medios ocultos de los criminales

de sotana".

En cuanto al asunto de la infalibilidad del Papa, Montalvo demuestra que tal infalibilidad no existe y para eso recurre a la historia de la Iglesia, y va sacando a luz tantas inmoralidades, equivocaciones, y rectificaciones de los papas, como por ejemplo: que Belisario, general de Justiniano, vendió el papado al obispo Virgilio (San Bernardo reprende crudamente a Eugenio III por haber cometido el mismo acto); que Alejandro VI era tan corrompido que en su tumba rezaba la siguiente frase: "Alejandro vendió las llaves del altar; vendió también a Cristo. Pudo muy bien habernos vendido, habiéndonos comprado". Esteban XI arrancó los dedos de Formoso y los arrojó declarándolo perjurio; luego, el mismo Esteban moriría en el garrote. Que el Papa Juan XXII negó la inmortalidad del alma y el Concilio de Constanza lo depuso. Pío III "El Tenebroso", lleno de una infinita maldad en el corazón y en sus procedimientos, predicó el bien y practicó el mal. Marcelino fue un idólatra, todo el mundo sabía que adoraba a Vesta; Liborio perseguía a los sectarios de Arrio y luego él mismo se convertiría en arriano; Clemente XIV suprime la Compañía de Jesús (la más grande defensora del catolicismo) y Pío VII la restablece. Pío IX es declarado "infalible" por el Concilio del Vaticano, luego declara nulo todo lo anterior a la bula en la cual da reglas para el Concilio. Dupanloup demuestra lo ridículo y absurdo de afirmar que no es sino desde el año de 1870, cuando empieza a descender el Espíritu Santo sobre los papas. El Papa Víctor fue montanista y al poco tiempo condenó el montanismo. Adriano II declaró legítimo el matrimonio civil y Pío VII lo declaró ilegítimo.

Refiriéndose a las sagradas imágenes, que con tanto fervor defiende el arzobispo Ordóñez, Montalvo se limita a recordar la gran realidad de nuestros pueblos, y dice: "Fiesta de San Juan, fiesta de San José, fiesta del Niño, fiesta de la Virgen de las Mercedes, fiesta de la Virgen del Rosario, fiesta de la Purísima, fiesta de Corpus, fiesta de la Octava, las sagradas imágenes, como dice el cabo Ordóñez, son la California de esos mineros tenebrosos, especuladores impíos, que dan engaño por pecuño. Jesucristo, la Virgen nunca nacen para dar algo nuevo al pueblo, para aliviar las necesidades de los pobres, siempre nacen para sacar algo, para llenarlos de plata al capellán, al cura, al bicario... el cura le extorsiona ocho o diez pesos; el coadjutor ocho o diez reales; el sacristán, siquiera cuatro... Pues yo digo que me tengo por desgraciado de haber nacido en países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado, yo hubiera pedido venir al mundo de aquí a cuatro mil años... si yo me hubiera hallado en Quito, habría sido esta pastoral una tentativa de asesinato".

En el año de 1886, don Eloy Alfaro debe abandonar el país en calidad de desterrado (a Lima). Nunca más se volverán a comunicar los dos respetuosos y considerados amigos, y por qué no decirlo, los dos más grandes hombres que ha dado la patria tanto en lo político como en lo literario. El uno llevaba la espada atreguada de anhelos, el otro pinta paisajes de libertad con su pluma; el uno con su lucha da al liberalismo un aspecto de cambio, el otro lo perfuma de verdad. Los dos saben resollar en ideales, son perseverantes en su bravura y llenos de una indescriptible pasión.

El 5 de Enero de 1886, Montalvo escribe "Carta al Moniteur des Consulats" en París y luego aparece el primer tomo de "El Espectador", que constituye una gama interesante de artículos orientados a temas europeos; parece que el título lo tomó de la revista del gran escritor inglés, Adisson. En esta obra dedica al Ecuador dos temas: "Urcu Sacha" y "Pro-lengua". Luego escribe una replica contra Merchán (aquel que refutó "Los Siete Tratados") en la "Revista de España" de Madrid.

En 1887, Montalvo escribe el segundo tomo de "El Espectador" y aparece "El Vejestorio Ridículo", un escrito dedicado al secretario de la Academia Española de la Lengua, que se opone a su ingreso en ella.

En 1888, aparece su "Carta de Francia" y el tercer tomo de "El Espectador". Ninguna obra más se publicará en vida del escritor. Mientras tanto en nuestra patria, por unos días había sido

llamado a gobernar don Ramón Borrero y Cortazar (hermano del presidente depuesto, llamado el "Negro Borrero"). Este era un hombre muy distinguido en el campo de la Literatura y el Derecho (Larrea ecuatoriano), más como la Presidencia de la República exigía algo más que ser un fecundo escritor, decidió más bien apresurar la elección de un nuevo dignatario y deshacerse de todo compromiso. Le sucedió a Borrero en el poder, José María Plácido Caamaño; hombre perteneciente a más de diez academias culturales, tanto europeas como americanas, y sobre todo poseedor de una astucia natural incomparable. José Modesto Espinosa, Vicente Lucio Salazar y Sarasti, acompañaron a este Presidente como manifestación de un gobierno democrático y progresista. Sin embargo, este período estaría destinado más a sofocar las revoluciones que a propender al progreso. El gran error del Gobierno y la Asamblea que entregó el poder a Caamaño, había sido menospreciar y olvidar al liberalismo de la Costa, situación que causaría el resentimiento de muchos liberales y a la postre sustituiría al Progresismo Civilista por el Militarismo Liberal. Saltan a la palestra política Alfaro, Luís Vargas Torres, Sepúlveda, Leopoldo González, Nicolás Infante (muerto en Palenque), y las montoneras desbordadas de pasión. El Gobierno pierde el "Huacho"; los rebeldes el "Alajuela". Luís Vargas Torres combate inquebrantablemente contra el general Antonio Vega Muñoz, consecuencia de lo cual cae prisionero junto con Filomeno Pesantez, Pedro José Caveró, Jacinto Nevarez, Manuel Piñeiros, Rafael Palacios y otros, y se lo condena a muerte. El valeroso Luís Vargas Torres escribe "Al Borde de mi Tumba", y deja la más grande herencia a su patria cuando dice: "Si al borde de mi tumba tengo que aplacar la furia de mis enemigos, que tan arrojados se muestran en el campo del insulto, la calumnia y el crimen, fatídicos búhos, que se esconden en las negras grietas de sus cavernas para lanzar horribles graznidos, y con ellos amedrentar el corazón pequeño y apocado, pero no al que tiene la convicción de morir para salvar su patria y libertar a sus hermanos de la tiranía. Las horas vuelan y yo me acerco al umbral de la eternidad. Y es necesario concluir este opúsculo. Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la noticia de mi próxima muerte. Yo los recuerdo y el dolor despedaza mi corazón. Quiera Dios que el calor de mi sangre, que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven a nuestro pueblo".

Desesperadamente, el doctor Caamaño terminará su período presidencial y junto con él cesan las montoneras. Los candidatos al próximo período presidencial son: Camilo Ponce Ortiz, Manuel Ángel Larrea, Antonio Flores y Eloy Alfaro (proscrito en Panamá; obtuvo setecientos setenta y siete votos). El ganador en la contienda fue Antonio Flores Jijón, alumno de don Simón Rodríguez y educado en el Colegio Enrique IV de París; diplomático, literato, intelectual, gran conocedor de asuntos financieros. Siendo Presidente de la República, ofrece a Montalvo (en 1888) el consulado de Burdeos. Montalvo no lo acepta, parece presentir su muerte.

## **LA MUERTE DE JUAN MONTALVO**

Corría la primavera por 1888, marcando ese ambiente onírico que suelen brindar la flor de pasionaria y el tulipán holandés al delirar de belleza. Un monórrido canto se aproximaba ausente, solitario, triste, más silencioso y parco que la flor de lis o el madroño rojo. Era el señorial curso del Sena que pasaba. Pues en una tarde de aquella primavera, no sé si de abandono o abrumado apremio, surgió una dolencia grave que afectó a Montalvo. Era un dolor profundo que suele anunciar la muerte.

El rostro contraído de León Labbé demuestra una gran preocupación; es necesario extraer por medio de punciones un licor ceroso de la pleura. Los dolores se incrementan día a día y aumenta su inanición. ¡Debemos operarlo inmediatamente! dice Labbé, y Montalvo inclina su cabeza en señal de aceptación. Se interna en la casa de salud y se aprestan a ser operarlo. Cuando alguien intenta anestesiarlo, la voz tajante de Montalvo rompe el silencio sepulcral de la

sala de operaciones, y dice: "En ninguna ocasión de mi vida he perdido la conciencia de mis actos. No teman ustedes que me mueva. Operen como si la cuchilla no produjera dolor". Y aumenta el desconcierto hasta cuando las manos de Labbé comienzan a levantar dos costillas de la región dorsal. Se comienza a tensar carnes sangrientas para dar mayor dilatación a la herida, mientras una bomba continúa aspirando el foco purulento para luego inyectar un líquido antiséptico. Montalvo nunca abandonó su porte valiente de temple escuderil. Al salir de la operación se lo ve más agravado; sin embargo, él creyó sentirse algo mejor hasta el 15 de Enero de 1889, por lo cual comentó: "Siento que toda mi vida se concentra en mi cerebro, podría componer hoy una elegía". El 16 de enero, muy por la mañana, la escarcha comienza a golpear las ventanas de las casas con un sonido seco y gélido. Por primera vez don Juan siente agravarse profundamente. Un cura trató de asistir a Montalvo en su dolencia: "Padre, le dijo, yo no creo en la confesión"; el clérigo algo sonrojado trató de convencerle: "Piense usted bien, que va a presentarse delante del Creador", a lo cual responde Montalvo soberbiamente: "Estoy en paz con mi razón y mi conciencia, puedo tranquilo comparecer ante Dios"... el silencio aumenta en la habitación. "En mi enfermedad ni Dios ni los hombres me han faltado". Hay un coro de avenidas inertes y desparramadas; luces de mechones viejos y algo penumbrosos; delirio de rosas y vaivenes de ramas que acariciando la mañana se despilfarran en la muerte. Caras deformes en piedras esculpidas; rostros desafiantes de cúpulas afiladas; parques adunados en infinitos silencios, y calles inquietas tejidas de lamentos. La niebla se expande por los cielos con fragante donosura, con un vivo movimiento; lleva el color algo armiñado en sus entrañas y parece que temerosa se recostaría en la calma.

El 17 de enero de 1889, Montalvo como todos los días se levantó muy temprano a recibir a su destino. Se vistió con el más fino y decoroso traje; su rostro serio, inflexible y a la vez entristecido se asomó por la ventana; el frío parecía más empecinado y apenas si era perceptible un graznido tenebroso a lo lejos. Se encontraba intranquilo en el interior de la sala, sentado en un cómodo sillón del aposento. "Cuando vamos a cumplir un acto cualquiera de solemnidad nos engalanamos, lo mismo que cuando esperamos a algún personaje de cuenta. Ningún acto más importante que abandonar la vida. A la muerte debemos recibirla decentemente". Luego dijo: "No hay cosa más triste, que un funeral sin flores", y sacó sus últimas monedas para mandar a comprar unas flores. Cuando su pecho exhalaba el último suspiro, llegaron las flores entecadas de frío. Lo cierto es que Juan Montalvo murió en el cuarto piso de la casa No. 26 de la calle Cardinet, solo, triste y abandonado; sabía que era la hora de trasladarse a la inmortalidad, ese justo premio que brinda la humanidad a sus grandes caballeros que son la luz, la guía y el sendero de sus pueblos; aquellos hombres que enrumban los destinos; que predicán y practican la justicia; aristas en donde se suicida el atropello. Nadie le lloró, porque no se supo de su muerte; murió incógnito y lleno de miseria. Murió como saben morir los inmortales, con grandeza y sencillez, con recogimiento y soberbia, con resentimiento y perdón, sin ese sabor amargo que suele dejar la cobardía, ni el vano arrepentimiento producto del temor.

Así dejó de existir uno de los mejores escritores de América y el mundo. El hombre virtuoso de pensamiento y obra. Y no fue sino en la época en que gobernaba don Eloy Alfaro, cuando la patria recibió los restos de su hijo predilecto; en esa ocasión Alfaro diría: "Montalvo vivo ejerció un influjo genuino sobre sus compatriotas, pero Montalvo muerto ha de tener un influjo todavía más hondo en el alma nacional".